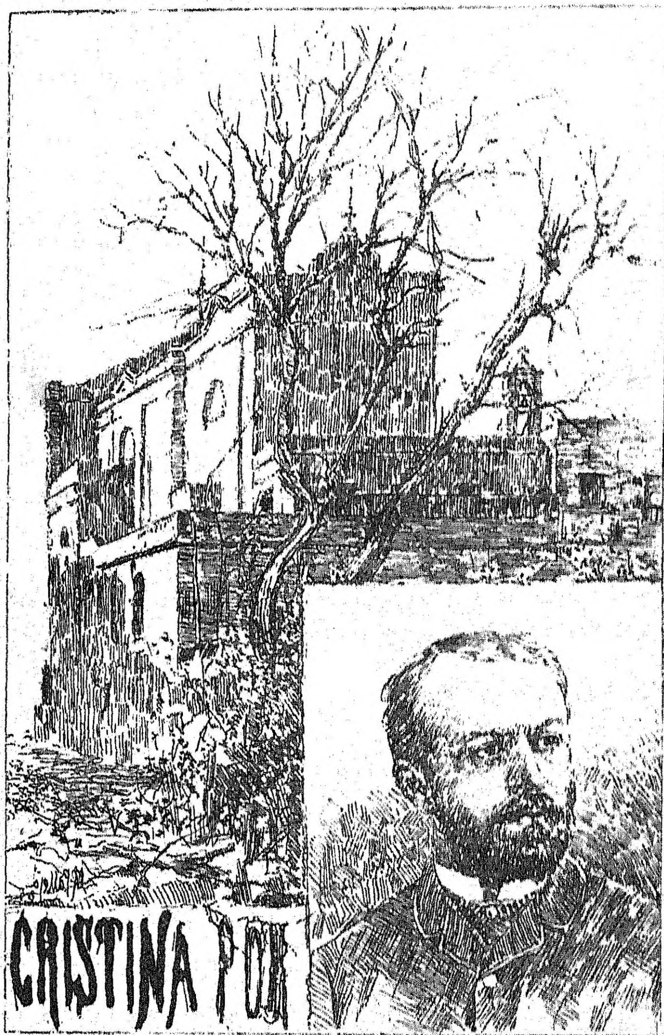

CRISTINA

CRISTINA

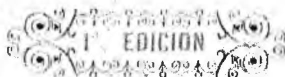
(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

(SANSON CARRASCO)

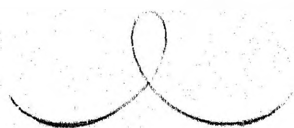
Ilustraciones de M. P[illegible]



MONTEVIDEO

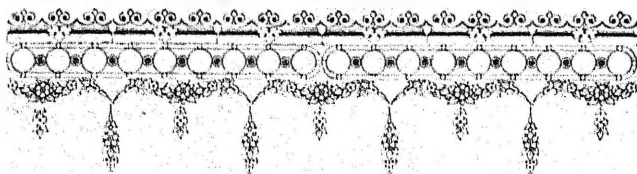
Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos

CALLE 25 DE MAYO NÚM. 355



CRISTINA







I



LA mañana estaba tranquila y sonriente como si la naturaleza hubiese querido asociarse al regocijo á que se entregaba la ciudad en aquel dia Domingo. Era una de esas mañanas de Marzo, serena y tibia, envuelta en tules diáfanos de brumas azuladas, entre las cuales se dibujaban con cierta vaguedad los contornos de las casas, de los árboles, de las lomas que cierran el horizonte por el lado del Cerrito, miéntras que del costado del mar se confundian allá á lo léjos, en un mismo tinte, el manto del cielo y el dorso de las aguas dormidas bajo la calma.

Eran las nueve de la mañana. La ciudad estaba en plena actividad, en actividad bullanguera de los dias festivos, llenas las calles de gente, sobre todo la del Sarandí, cauce en que se encajona la corriente huma-

na en contínuo vaiven, como si fuera aquella la sola artéria que liga al Montevideo antiguo con su moderno ensanche fuera de murallas.

En la Plaza Constitucion era más activo el movimiento y más bullicioso. Por todas las aceras se veían grupos de señoras que iban á la Matriz, cuyas empinadas torres hendían la atmósfera azul que envolvía á la ciudad, reverberando en sus cúpulas de porcelana los rayos del sol radiante que doraba todas las cornizas y pretiles de las azoteas.

En el Cabildo, se hacía el relevo de guardias al són de tambores y cornetas, presenciando las evoluciones un grupo de curiosos, miéntras que por las veredas diagonales de la Plaza, continuaba el ir y venir de paseantes y devotas, que acudian al templo llamadas por los repiques alegres de las campanas, cuyos ecos poblaban los aires con zumbidos metálicos, como si un enjambre de coleópteros inmensos remolinease sobre la ciudad.

Sobre el empedrado, proyectaban sus sombras las copas de los árboles, que se dibujaban como tapices negros bordados con lentejuelas de oro, formados por los rayos del sol que se filtraban por entre el follaje. Bajo uno de esos árboles, frente á la iglesia, estaba reunido un grupo de jóvenes que conversaban alegremente, interrumpiéndose á cada momento para saludar con una cortesía á las señoritas que acudian al templo. Eran todos jóvenes de la buena sociedad de Montevideo, como se echaba de ver por la elegancia de sus trajes y la delicadeza de las maneras con

que accionaban en su animado diálogo, al que servían de tema las niñas que pasaban, bromeándose unos á otros sobre las preferencias que aquellas hacían al contestar los saludos.

El que más bromista se mostraba era Alberto Conde, buen mozo, jóven de 22 á 24 años, de tez morena y ojos negros, á quien sus compañeros de rueda trataban en vano de devolver las bromas que él les daba, defendiéndose con su completo retraimiento de paseos, teatros y tertulias. Efectivamente, tiempo hacía que no se veía á Alberto en ninguna reunion, y sus mismos amigos se habían estrañado de encontrarlo aquella mañana frente á la Matriz, punto de reunion de todos los jóvenes que tienen novia devota ó que aspiran á encontrarla entre las que acuden á la iglesia.



En lo más animado de la conversacion estaban, asediando todos á Alberto para esplicar cada cual á

su manera la causa oculta de su retraimiento, cuando apareció por la misma acera en que ellos estaban, una jóven vestida de negro, de estatura mediana aunque esbelta de cuerpo, haciendo sombra á sus ojos negros una pluma, negra tambien, que rodeaba su elegante sombrero. Caminaba con la mirada baja, como si abatiese sus párpados el peso de las pestañas largas y enarcadas que los frangeaban, pero al llegar cerca del grupo de jóvenes levantó los ojos, tituheó un momento como haciendo intencion de atravesar la calle, y temiendo sin duda que lo atribuyeran á debilidad, siguió por la misma acera, correspondiendo con una amable sonrisa al efusivo saludo que aquellos caballeros le hicieron. Alberto acompañó el saludo general tímidamente y siguió á la niña con los ojos hasta que ésta atravesó la calle, subió la escalinata de mármol que conduce al átrio de la Matriz y entró al templo por la nave central.

—Está monísima Cristina, dijo guiñando el ojo Cárlos Centeno, uno de los jóvenes del grupo.

—¿Quién es Cristina? preguntó Alberto que parecía salir de un letargo.

—Cristina Peña, mi amigo, le contestó Cárlos, una polla que recien se presenta, y que será este año la reina de nuestros salones.

—¿Hermana de..... ?

—Sí, hermana de Elina y de todas las otras que tú conoces. Ya ves que no degenera la raza, pues desde la madre hasta esta última, todas las Peña son lindas y elegantes.

Y sobre ese tópico siguieron los jóvenes conversando durante un rato, prestando Alberto mucha atencion á lo que sus amigos decían.

Las campanas ya no repicaban, y la afluencia de devotas disminuía en las aceras. Debía haber principiado la misa, y los jóvenes, pasado el interés del desfile, se dispersaron en distintas direcciones, siguiendo la mayor parte de éllos hácia la calle 18 de Julio, donde la féria estaba á esa hora en su mayor animacion.

—¿No vienes, Alberto? dijo uno de los que se retiraba al ver que quedaba en el mismo sitio.

—Nó; contestó aquél; tengo que hacer algo por aquí, pero en seguida los alcanzo.

Quedó allí hasta que sus compañeros llegaron á la esquina del Cabildo, y en seguida, como si hubiera estado violento por la demora, atravesó rápidamente la calle y entró á la Iglesia.

Comenzaba la misa cantada. Las altas bóvedas del templo repercutían con sonoridad los acordes graves del órgano, que acompañaba los cánticos monótonos de los sacerdotes. Por las claraboyas de la cúpula entraban chorros de luz morada, verde, azul y amarilla, rayos de sol teñidos por los cristales que atravesaban y en cuya luz revoloteaban millares de puntos luminosos, semejando esas burbujas que produce la fermentacion del carbono en la dorada transparencia del *Champagne*.

Las naves laterales estaban casi desiertas, y los pasos de Alberto resonaban sobre el enlozado, des-

pertando la atencion de las curiosas que se volvian al ruido de aquellas pisadas profanas que turbaban el plácido sosiego del Templo. Un centenar de señoras y niñas poblaban la nave central, todas de rodillas, siguiendo en sus libros los rezos que los sacerdotes entonaban en el altar mayor, sobre cuyo retablo oscuro se destacaban las luces de los cirios, amarillas y tristes, como avergonzadas ante el vivo resplandor del sol que entraba á torrentes por las vidrieras de la cúpula.

Alberto se detenía en cada uno de los arcos que separan las naves, miraba atentamente á las mujeres y como si no encontrase á la que buscaba, seguia adelante, hasta que al llegar al último arco, quedó con la vista fija sobre una mujer que estaba aislada, debajo del púlpito, con la cabeza inclinada, los ojos entornados, moviendo imperceptiblemente los labios, miéntras que recorría con cierta indiferencia las pequeñas cuentas de un rosario de marfil que tenia en las manos.

La misa entretanto continuaba. Tres sacerdotes, resplandecientes bajo sus casullas recamadas de oro, oficiaban ante el altar. Ora se ponían en fila humillando la cabeza, ora con las manos abiertas sobre el misal, salmodiaban los rezos con sus voces gangosas, acompañados desde el coro por los chantres que contestaban con notas robustas y sonoras, cuyos ecos crecían en las concavidades de las bóvedas, prolongándose por largo rato.

Alberto Conde no veia nada de lo que pasaba en

su torno. Con la vista fija sobre aquella mujer arrodillada debajo del púlpito, seguía todos sus movimientos con obstinada persistencia, atrayendo sobre sí la atencion de las otras devotas que cuchicheaban entre sí como protestando contra la irreverencia del jóven.

Los acólitos pasaron el evangélio de la derecha á la izquierda del altar, sentáronse los sacerdotes en sus tallados sitiales tapizados de rojo, el órgano preludió acordes llenos de armonía, y los fieles se pusieron de pié, miéntras las señoras se arrellanaban sobre la alfombra en esa postura especial que las polleras ocultan bajo sus misteriosos pliegues.

Cristina tambien se sentó, y al hacerlo reparó en aquel jóven que la miraba fijamente. Bajó la cabeza, sonrojándosele las mejillas, é inconcientemente se puso á recorrer con movimientos nerviosos las cuentas de su rosario. Sin mirar, ella adivinaba que tenía sobre sí el fuego de aquellos ojos negros cuyo brillo la había sorprendido en el rápido encuentro de sus miradas. Ya no retrataba su rostro aquella plácida tranquilidad que hasta entónces habia mostrado. Estaba desasosegada y confusa, dejando adivinar que forzadamente hacía por no mirar hácia el lado en que estaba Alberto, quieto, inmóvil, apoyado en un confesionario, y ageno á todo lo que en derredor tenía.

El órgano continuaba sus melodias variadas, saltando de un tema á otro, miéntras los monacillos preparaban á un lado del altar las vinajeras para el

offertorium. Volvieron á arrodillarse las devotas, calló la música, los sacerdotes se pusieron de pié y entonaron nuevamente sus cánticos nasales. Cristina permaneció sentada, como si temiese al cambiar de postura encontrar de nuevo aquellos ojos que ella sentía que la abrasaban con el flúido de miradas ardientes. El templo quedó en silencio durante algunos minutos. Solo se oía la tos cascada de una vieja, cuyo éco rebotaba de una bóveda á otra, como si el ruido fuese despertando otras toses dormidas en las concavidades de las naves.

De repente, sonó una campanilla, dando tres toques acompasados. Todas las oyentes inclinaron la cabeza y se golpearon el pecho con los dedos apiñados. Los sacerdotes, prosternados ante el altar, ocultaban sus cabezas detras de las casullas doradas, miéntras los monacillos, de rodillas tambien, les levantaban las faldas de las capas preciosamente recamadas. Al ruido de la campanilla, Cristina se puso de rodillas con un movimiento nervioso, como si despertara de un ensueño, y se entregó con fervor á la oracion. Alberto permaneció impasible, como si no se diese cuenta del sitio en que se encontraba, absorto en la contemplacion de aquella niña, cuya vista había despertado en él sentimientos desconocidos, que no acertaba á esplicarse, pero que lo enclavaban con fuerzas superiores á su voluntad.

El sacerdote oficiante levantó en alto con sus dos manos la hóstia consagrada, la bajó despues lentamente, y poniéndose de rodillas, humilló la cabeza

contra el pañizuelo de batista que cubria el altar La campanilla volvió á sonar con tres toques distanciados, y volvieron las devotas á prosternarse con humildad, repitiendo los golpes de pecho y cuchicheando las oraciones apresuradamente como si temieran quedar retrasadas. En seguida, el sacerdote practicó con el cáliz las mismas evoluciones que había hecho con la hóstia: lo levantó, lo bajó, oró sobre él con la cabeza inclinada, y bebió su contenido apurándolo hasta las heces; y á cada una de estas acciones, sonaba la campanilla con toques lentos y tristes, que avivaban el fervor de los fieles contritos y cabizbajos, como anonadados ante el recuerdo del sacrificio que aquella ceremonia simbolizaba.

Cristina seguía con recojimiento todos los pasajes de la misa. Parecía haber recobrado la calma que la persistencia de las miradas de Alberto había alterado por un momento, y su óvalo correcto se destacaba con pálidos contornos sobre el fondo negro de su traje. Estaba bellísima en aquella actitud, algo inclinada la cabeza sobre el hombro, perdida la mirada entre la niebla dorada que entraba por las anchas claraboyas de la media naranja del templo, palpitando acompasadamente el contorneado seno, prisionero dentro de una ajustada bata bordada de azabache que modelaba el busto prominente y el delicado talle de aquella niña.

Al profundo silencio que reinaba durante la ceremonia de la comunion, siguió una viva y ruidosa animacion. La campanilla ya no tocaba triste y me-

nótona, sinó que repiqueteaba alegremente; los sacerdotes se pusieron de pié, el coro resonó con torrentes de armonías, y los incensarios se columpiaban agitadamente mostrando sus brasas encandecidas, y despidiendo nubes de incienso que velaban la mortecina luz de los cirios. Y entre los cánticos de los sacerdotes, y las armonías del órgano, y el repiqueteo de las campanillas, y las nubes azuladas del incienso, apareció en el medio del retablo la custodia, como un sol de oro, reflejando en las facetas de sus rayos todos los cambiantes de las luces rojas, azules, verdes y amarillas que se derramaban desde lo alto de la cúpula central semejando una lluvia de arco-iris.

Como aliviados de un peso moral, levantaron los fieles las cabezas y se arrellanaron con comodidad. Volvieron á resonar las toses secas comprimidas durante el solemne momento de la comunion, agitándose nuevamente los abanicos, y revivieron en el templo todos los ruidos apagados.

Cristina se arrellanó tambien, y al hacerlo, cruzó con Alberto una mirada, vaga primero como el resplandor de una hoguera que empieza á arder, pero que á medida que se prolongaba se hizo más intensa, fija, profunda; una de esas miradas en que los ojos se buscan en las pupilas, y que al encontrarse hacen brotar aristas de luz que se proyectan hasta confundirse en un solo rayo, alambre invisible por el cual se trasmite el fluido que la pasion engendra en los misteriosos laboratorios del organismo.

Un minuto duraron aquellas miradas, hablándose

en un mudo pero elocuente lenguaje todo lo que el amor sabe decir cuando por primera vez despierta á la vida. Despues, élla, como fatigada por el choque rindió la cabeza, abatiéronse los párpados sobre sus ojos, y quedó ensimismada, dejando caer de sus manos el rosario con que sus dedos jugueteaban. Alberto permaneció fijo, con la mirada brillante, deslumbrado todavía por el rayo de luz que había iluminado su corazon.

La misa tocaba á su fin. Leyendo en un misal colocado sobre el atril, el sacerdote salmodiaba el Padre Nuestro, y al terminar se volvió hácia el auditorio cantando con voz destemplada y gangosa: *No nos inducas in tentationem;* á lo que los chantres del coro contestaban acompañados de los acordes del órgano: *Sed libera nos á malo.* Los monacillos dejaron descansar en tierra los altos candelabros que mantenían izados miéntras el oficiante recitaba sus rezos; despues los sacerdotes limpiaron prolijamente el cáliz cubriéndolo con una carpeta bordada de oro, leyeron en voz alta el evangélio, y haciendo una reverencia ante el altar, se retiraron, levantando dos de ellos las puntas de la capa del oficiante, precedidos de los dos monacillos que llevaban candeleros altos, y seguidos de los otros tres vestidos con sus sobrepellices blancos.

Las devotas comenzaban á retirarse poco á poco. Se persignaban, hacían reverencias ante los altares, y salían por las grandes puertas que se abrían como mamparas de luz al estremo de las naves, miéntras

el organista se entretenía en amenizar el desfile con escalas y arpegios caprichosos, desde los tiples con chillidos de oboe, hasta los graves con dulzuras de clarinete, prolongándose todos los sonidos en una melodía vaga como las nubes de incienso que flotaban en las concavidades de las bóvedas. El sacristan entretanto, con una caperuza de lata sujeta en la punta de una larga caña, apagaba los cirios que iluminaban el altar y los pábilos carbonizados humeaban tristemente, despidiendo ese olor especial de cera derretida.

Cristina seguía sentada en el mismo sitio, como aprisionada por las miradas de Alberto, para quien nada había cambiado. No se había apercibido de que la misa estaba terminada y que el templo iba quedando solitario. Desde que vió á Cristina, todo se había borrado para él, y en su abstraccion solo veía destacarse la figura de aquella mujer para él desconocida media hora ántes, y que desde el momento en que tropezó con sus ojos llenaba ya toda su existencia y despertaba en él aspiraciones y esperanzas que nunca había sentido.

La campana de la torre empezó á llamar con toques sonoros y acompasados para la próxima misa. Las campanas zumbaban en el templo con vibraciones de bordona, y á su eco volvió Cristina de su ensimismamiento. Miró en torno suyo como sorprendida de verse casi sola, y al encontrarse sus ojos con los de Alberto, los abrió desmesuradamente como quien ha creido estar soñando, y al despertar se encuentra

con la realidad de su sueño. En seguida, se puso de pié, y lentamente, como si le costara arrancarse de aquel santuario en que acababan de florecer sus primeras ilusiones, se dirigió al cancel de la nave central, seguida de Alberto, cuyos pasos resonaban en el enlozado y repercutían las bóvedas con ecos claros y sonoros.

Cuando Cristina apareció en el dintel de la gran puerta del centro, entornó los ojos como deslumbrada por el sol que reverberaba en el empedrado de la calle y abrillantaba el enarenado de la plaza. Abrió el abanico, y haciendo del envarillado una celosía que sombreaba su mirada, bajó la escalinata y siguió por la calle Ituzaingó hasta la de Rincon.

Alberto la siguió con la mirada hasta la esquina, esperando la confirmacion de una esperanza que acariciaba con temor, pero cuando Cristina al doblar por el ángulo de la calle dió vuelta la cabeza en la direccion en que él estaba, pareció que todas sus dudas se disiparon, y con la mirada perdida en fantásticas visiones, se dirigió hácia la calle del 18 de Julio, donde había prometido á sus amigos alcanzarlos. Pero no había andado dos cuadras, cuando oyó que de la otra acera lo llamaban:

—Eh! distraído, ¿á dónde vás á estas horas tan preocupado?

—Precisamente iba á buscarlos á ustedes como les prometí.

—Pues vas tarde, le dijo Cárlos Centeno, y como

queremos festejar tu resurreccion, te embargamos desde ya por todo el dia.

—Es que yo tengo...

—No tienes nada que hacer. Eres nuestro. Nos vamos ahora á almorzar á la Confitería Oriental, á la tarde iremos al Paso del Molino, y á la noche...

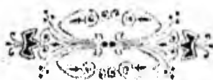
—Ya sabes que yo no voy al teatro.

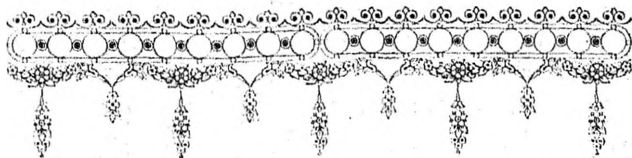
—¿Qué teatro ni qué tontería? El gran suceso de esta noche es el último baile de máscaras que dá el Club; allí tendrás ocasion de conocer á aquella niña que vimos hace un rato frente á la iglesia.

—¿Vá? preguntó Alberto sin atreverse á decir más temeroso de que la voz traicionase su emocion.

—Sí, va, le contestó Cárlos. Esta noche se presenta por primera vez en un baile Cristina Peña, y de seguro que va á dar golpe.

Y jaraneando sobre el baile, y sobre las conquistas en perspectiva, cruzaron los jóvenes la plaza en direccion á la calle del 25 de Mayo, saludando de paso á las conocidas que volvían de la féria con ramos de jazmines y de rosas, deteniéndose con curiosidad en las vidrieras de la Carrau y de la Vigneau, cuyos salones estaban poblados de maniquíes, lujósamente ataviados con los vestidos de cola que por la noche ostentarían en el baile del Club las más hermosas mujeres de Montevideo.





II

Alberto Conde era hijo único, huérfano de madre desde su niñez, y en él habia concentrado todo su cariño su padre don Rafael, persona que gozaba de general estimacion. Poseedor de una fortuna más que regular, don Rafael Conde continuaba entregado á los negocios con actividad, á pesar de que frisaba ya en los sesenta, ávido de dejar á su hijo una posicion holgada é independiente, y á medida que avanzaba en edad, redoblaba sus esfuerzos, temeroso siempre de que la muerte lo sorprendiese ántes de dejar cimentado sobre sólidas bases el porvenir de Alberto, cuya débil contestura era el contínuo tema de sus preocupaciones.

Algo efectivamente habia en Alberto Conde que justificaba los temores de su padre. Jóven, medianamente rico, sin más tutela que la de don Rafael, cuya autoridad estaba debilitada por el ciego cariño que á su hijo profesaba, hubiera podido éste llevar una vida bulliciosa y alegre, á que lo convidaba la compañía de sus amigos, más ó ménos calaveras como la generalidad de los jóvenes. Pero ni la libertad de

que gozaba, ni las facilidades de dinero, ni las tentaciones de los amigos, fueron nunca bastantes á arrancarlo del retraimiento en que vivía. No era un misántropo, pero había cierta tristeza en su fisonomía que retrataba una honda afeccion moral ó el gérmen de alguna dolencia que lentamente minaba su organismo.

Por lo demás, cuando alternaba con sus amigos, era espansivo y hasta jovial, pero aún en medio de sus espansiones dejaba traslucir aquel tinte de tristeza que daba simpático interés á su fisonomía varonil.

Aquel Domingo en que por primera vez vió á Cristina, notaron en él sus amigos frecuentes transformaciones. Ora conversaba con más locuacidad que de costumbre, ora quedaba ensimismado con la vista fija, como si una idea persistente lo aislase de todo lo que le rodeaba. Varias veces hizo rodar la conversacion sobre el baile de la noche, y cuando sus amigos lo bromeaban sobre la insistencia con que volvía sobre la fiesta, trataba de desviar el tema como contrariado de dejar traslucir su ansiedad.

....

A las doce de la noche, los alrededores del Club bullían de animacion. Por todas las calles que desembocan á la de *Treinta y Tres* iban y venían carruajes á gran trote, miéntras que por las aceras caminaban apresuradamente numerosas máscaras, rebujadas en sus tapados, riendo y charlando, saludándose unas á las otras con nombres lanzados al

azar, sin más fundamento que el modo de andar, ó el corte del talle, ó una prenda del vestido.

En la puerta del Club, había una aglomeracion de curiosas que escudriñaban todos los trajes y cuchicheaban entre sí comunicándose el resultado de sus observaciones.—Esta es fulana—Esa otra es zutana; y á cada una le sacaban de paso una tira sobre su belleza ó la elegancia del traje, como vengándose de no poder hacer ellas lo que las otras.

Dentro, reinaba una animacion bulliciosa, confusion de voces en falsete, risas disfrazadas, tiroteos de bromas más ó ménos aventuradas. En el vestíbulo se agrupaban las máscaras que todavía no habían encontrado compañero para entrar en los salones. Y á cada minuto, seguía aumentando la concurrencia, que se apiñaba en la escalera, estrecha para dar paso á aquella avalancha de gente ansiosa de divertirse.

En una de las puertas que conducían á los salones, habia un grupo de jóvenes que presenciaban el desfile de las parejas, defendiéndose al mismo tiempo de las bromas de las máscaras que á la pesca de un compañero, trataban de interesarlos prometiéndoles interesantes relaciones sobre sus intimidades. En aquel grupo estaba Alberto Conde, y él era el principal blanco de todas las bromas.

—¿Qué milagro, Alberto? ¿Cuándo resucitaste?

—¿De dónde sales? Me habian dicho que te ibas á meter de monje.

—¿Por dónde saldrá el sol mañana?

Y así, unas tras otras, repetían todas el mismo

estribillo, sin conseguir distraer la atencion de Alberto, que escudriñaba con avidez á todas las que pasaban, mirándolas en los ojos que brillaban por entre los agujeros del antifaz. La animacion crecia por todas partes. Los salones estaban henchidos de concurrentes y se hacía difícil la circulacion. Los acordes de la orquesta entraban por ráfagas y se apagaban en medio del vocerio chillon de las máscaras que se hacían más apremiantes y parlanchinas excitadas por el calor y el bullicio de la fiesta.

Alberto estaba desasosegado. Hacía más de una hora que permanecía de pié en el vano de la puerta, y á pesar de la insistencia con que había examinado á las máscaras que desfilaban por delante de él, no había encontrado á la única que le interesaba entre aquellos centenares de mujeres elegantes y hermosas. En aquel momento, cruzaba delante de él su amigo Cárlos Centeno, engolfado en un animado diálogo con una máscara, y sin poder contener ya su impaciencia, Alberto se le acercó y tomándole de un brazo, le dijo al oído:

—¿No la has visto?

—¿A quién? preguntó Cárlos.

—A la de esta mañana.

—Ah! ¿á Cristina? Nó; no la he visto; y dirigiéndose á su compañera le preguntó:

—Ché, máscara; ¿no has conocido entre las parejas á Cristina Peña?

—Sí, la acabo de ver en el salon grande. Por cierto que estaba muy entretenida con. . .

Alberto no quiso oir más. Dirigió una mirada penetrante á la compañera de Cárlos, y se retiró pero al volverse, cambió de resolucion, y acercándose nuevamente á la pareja, le dijo á su amigo:

—Cárlos ¿me permites que baile esta pieza con tu compañera?

—Si ella quiere, y no lo toma á desaire, respondió Cárlos,... por mi parte no quiero ser un inconveniente.

—¿Qué dices, máscara? interrogó Alberto.

La compañera de Cárlos titubeó un momento, y contestó despues con una vocecita aguda y escondiendo los ojos tras del abanico.

—Nó; esta pieza nó. La otra.

—¿Te espero aquí?

—Espérame que yo misma vendré á buscarte.

Y siguió del brazo de Cárlos, miéntras Alberto se arrinconaba de nuevo junto á la puerta, mirando con indiferencia á lo que en su torno pasaba.

La fiesta estaba cada vez más animada. Las mujeres superabundaban y se paseaban á grupos, deteniéndose ante los caballeros que permanecian como meros espectadores, tratando de picarles la curiosidad con un nombre ó un recuerdo.

—Qué haces ahí tan callado? ¿Estás todaiva acordándote de Lucrecia?

—No, hija, yo no me preocupo de historia antigua.

—Te estás poniendo viejo.

—Qué quieres! Ya ves tú que van corridos algunos años desde que bailaba contigo en el Baile M...



La bromista salia corrida é iba á ensayar sus pullas con algun otro.

La música apenas se abría paso por entre el bullicio. Era imposible bailar en medio del gentío que henchía todos los salones. En los sofáes, en los sillones, en las sillas, en donde quiera que había un asiento, se veian apoltronadas máscaras gruesas, metidas dentro de amplios dominós, abanicándose por debajo de las barbillas de los antifaces. El cuadro era animado y vistoso con los trajes de colores vivos, las pelucas empolvadas, los caprichosos bonetes, y cófias de las máscaras de carácter: aquí una aldeana, allí una manola, acullá una amazona, más allá una vivandera, y por doquiera, trajes históricos, caracterizando épocas, personajes y costumbres, todo revuelto en la más anacrónica y antípoda confusion, reunidas en una misma zona una andaluza con la mantilla terciada y una laponesa forrada en pieles, conversando animadamente María Estuardo con Aida, y riendo en la mejor intimidad una Hermana de Caridad con una mora judía.

Los salones se prolongaban reproducidos en los espejos como galerías interminables, retratando todos los detalles de la escena: las parejas, los trajes, las sonrisas, los ademanes, como cuadros en que las figuras tuviesen movimiento, achicándose á cada reproduccion hasta quedar hombres y mujeres reducidos á las proporciones de muñecos que gesticulan como movidos por resortes.

Alberto esperaba entretanto impaciente, la música

había callado y el bullicio de las conversaciones crecía en los animados diálogos sobre cambios de compañeras. Por fin apareció Cárlos con su incógnita del brazo, y parándose frente á Alberto, le dijo:

—Ya ves que somos de palabra: aquí tienes á tu compañera.

Alberto la tomó del brazo, y se internó con ella entre la confusion de las parejas, sin decir una palabra. Ella fué la que rompió el silencio:

—¿No has encontrado todavía á la mascarita que buscabas con tanto afan?

—Creo que sí, contestó Alberto, y al decirlo, sintió que el brazo de su compañera se agitó con un temblor nervioso.

Nuevamente quedaron callados. La orquesta preludiaba una cuadrilla, y algunas parejas trataban de organizar el baile. Alberto fué solicitado para formar en el cuadro con su compañera, aunque contrariado, accedió al pedido. Empezaron las figuras al compás de una música briosa y alegre que dominaba el bullicio. Las parejas se saludaban, hacían sus pasos y mudanzas y volvían á sus puestos, quedando encerradas dentro de una muralla humana, compuesta de curiosos y curiosas que seguian las evoluciones de la danza. Alberto estaba preocupado, sin conseguir ver los ojos de su compañera, que se los ocultaba con graciosas coqueterías, como gozándose de mortificar su curiosidad.

En un momento en que separó de él para hacer un saludo á su *vis-à-vis*, Alberto la siguió con la mirada

examinándola con insistencia, y al volver á tomarla del brazo, le dijo en voz baja:

—Acabo de encontrar á la máscara que buscaba. Ahora tengo la seguridad de que es la misma.

—¿Sí? interrogó ella ¿dónde está?

—La tengo en este momento tomada del brazo.

Ella no contestó nada. Estaba descubierta. Era efectivamente Cristina, que aleccionada por Cárlos Centeno se había entretenido en avivar la impaciencia de Alberto durante dos horas, cediendo á esa satisfaccion natural de la persona que se sabe buscada con interés. Por su parte, él, al invitarla á bailar, había procedido irreflexivamente, llevado más por un arranque instintivo que por la sospecha de que fuese ella. Recien cuando la tomó del brazo y la sintió estremecerse al decirle que creía haber dado con su incógnita, fué que le entró la duda, duda que se acentuó ante los esfuerzos que ella hacía por ocultarle los ojos, rasgo tan marcado en su fisonomía que por sí solo bastara para reconocerla entre cien.

Pero cuando la vió caminar con aquella gracia y señorío que habia distinguido en ella al encontrarla por primera vez, ya todas sus dudas se desvanecieron y no titubeó en decírselo.

Cristina quedó callada y nada hizo por defenderse Siguió bailando, y al terminar la cuadrilla, Alberto la tomó del brazo internándose hasta el fondo del gran salon, donde raleaban las parejas, ahuyentadas de allí por el calor sofocante que reinaba en aquel rincon.

En torno crecía el bullicio y la alegría. Las sedas brillaban á la luz de las arañas reflejando sus vivos colores en los caireles que titilaban con todos los cambiantes del íris, pasando de un matiz á otro, como pasan de una á otra figura las piezas de un kaleidoscópio. Las mujeres, fatigadas por el baile, y acaloradas con el antifaz, se abanicaban agitadamente, dejando entrever por debajo de las barbillas de la careta los arranques del cuello, el busto palpitante, las orejas rojas, y los ojos brillantes como engastados en la seda negra que les cubría el rostro.

Alberto hablaba á su compañera con vivacidad, y ella lo escuchaba con la cabeza inclinada, atento el oído á sus palabras como si no quisiese perder una sola nota de una melodía que por primera vez oía. ¡Cuántas cosas le decía él que eran nuevas para ella!

Cristina sentía que su sér se transformaba y comprendía que aquello era la vida, la luz, las álas que le brotaban á la niña para que la mujer volase entre los encantos y las ilusiones de la pasion. Aquella palabra ardiente, anhelosa, creaba en su sér un nuevo mundo que nacia de entre la nada de su inocencia envuelto en alboradas de rosa. Era el soplo creador del amor que hace brotar la luz de las tinieblas, y modela en la niña indiferente la estátua de una mujer apasionada, como el cincel hace surgir de un bloque inerte la estátua vivificada por el arte.

Alberto y Cristina habían llegado á olvidarse de todo lo que les rodeaba. Giraban en un pequeño círculo entregados á su pasion, sin apercibir á las parejas

que cruzaban por su lado, igualmente ensimismadas. Aquel era el rincon de los enamorados que huian del ruido de los salones y sobre todo de las bromas incesantes con que las otras máscaras se vengaban en su aislamiento, mujeres que vagan entre el bullicio con el corazon vacío, envidiando á las ricas de amor, como los pobres envidian á los ricos de dinero.

Los antifaces empezaban á caer, apareciendo una tras otra las primeras bellezas de Montevideo, como aparecen al caer la noche las estrellas de primera magnitud. Era una transformacion contínua. La aldeana que se fingía vulgar aparecía como una princesa, llena de gracia y elegancia; Aida era de una blancura deslumbrante; la manola se trocaba en una criolla picante, y al poco rato todas habian vuelto á su prístino estado, desembarazadas del monótono antifaz que hace todos los rostros iguales, y realzada la hermosura por la agitacion de la fiesta: todos los labios sonrientes y rojos, las narices sonrosadas y palpitantes, las mejillas encendidas y los ojos fulgurantes desplegando sus rayos como despliegan sus álas los pájaros al verse libres de la jaula que los aprisionaba.

Cristina era una de las pocas que permanecian con el antifaz puesto como temerosa de que su rostro retratase las emociones que embargaban su espíritu. Estaba enamorada. En su corazon inocente y vírgen de toda pasion, las palabras y las miradas de Alberto habian engendrado una nueva vida que ella sentia inundaba todo su sér. Era el amor, que no nace y

crece paulatinamente como el cariño, sinó que surge de repente adornado ya de todos sus encantos como surgió Minerva de la cabeza de Júpiter, armada y profiriendo gritos de guerra. Cristina se sentia invadida por una fuerza estraña que despertaba en ella las esperanzas, los delirios, los celos; todo ese turbion de sentimientos encontrados que se punzan entre sí y se avivan alimentando la sávia de la pasion.

En aquellas dos horas de intimidad, Alberto y Cristina se habian dicho todo lo que podian decirse. El la había hablado con el lenguaje apasionado y sincero de quien por primera vez se siente enamorado; con ese lenguaje que no miente y que nadie puede finjir, pues nadie es tan hábil cómico para reproducir las manifestaciones inconcientes del amor que se refleja en los ojos, en los gestos, los más mínimos detalles, hasta en ciertas ingenuidades que fuera de esa situacion de ánimo serian consideradas como tonterías.

El baile empezaba á palidecer. Las parejas se raleaban poco á poco, la circulacion se hacia más fácil, se bailaba con más amplitud. Las máscaras gruesas, acantonadas en los sofáes, languidecían visiblemente; eran guardias que descuidaban la vigilancia. Los abanicos se movian con cierto automatismo como si solo conservasen el movimiento de impulsion que se les había dado. De repente, cuando la orquesta daba un golpe seco, aquellas cabezas lánguidamente inclinadas se enderezaban como por resortes, y los abanicos cobraban nuevos bríos, pero poco despues volvian

las cabezas á caer sobre el pecho y quedaban los abanicos adormecidos nuevamente, moviéndose apenas como se mueven las copas de los árboles con la brisa suave de las tardes de verano.

Por entre las rendijas de los balcones empezaba á filtrar una claridad pálida, indecisa, como si temiese con su presencia interrumpir las alegrías de la fiesta. Los salones se depoblaban rápidamente y la escalera era estrecha para vaciar la concurrencia que se aglomeraba en el vestíbulo.

Unos tras otros llegaban á la puerta del Club los carruajes estacionados en los alrededores, y partian en seguida conduciendo cargamentos de seda, tules y encajes, embalaje de la mercancía más preciada y más cara.

Alberto acompañó á Cristina hasta la portezuela del carruaje y allí la dejó, olvidándose en su turbacion de saludar á la madre y hermanas de la niña. ¿Qué le importaba á él de todo el resto de la humanidad? El carruaje arrancó á gran trote, y él lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista.

En esa contemplacion lo sorprendió Cárlos Centeno, y en tono de broma le dijo:

—Lástima que todavía no se hayan inventado capotas de cristal para los carruajes!

Alberto se pasó las manos por los ojos como si quisiese borrar una vision, y entró nuevamente al Club, tropezando con las últimas parejas que salian.

Los salones estaban vacíos, sembrado el piso de girones de tul y de flores marchitas, como restos de

armas que quedaban sobre el campo de accion. Las luces de gas amarillaban como cirios, retratándose en los espejos con sus temblores mortecinos, miéntras los músicos enfundaban sus instrumentos y se retiraban pálidos, desencajados, con cara de aburridos.

Al dia siguiente, la crónica social esplotaba como tema de novedad la *temporada* de Alberto Conde y Cristina Peña.



III

Un mes después, los amores de Alberto y Cristina no eran un secreto para nadie. La sociedad, ávida siempre de novedades, apenas se ocupaba de ello sinó para fijar la fecha del casamiento; quien aseguraba que la ceremonia se efectuaría aquel mismo invierno, quien porfiaba que no se realizaría hasta comienzos del año próximo.

Cristina se había transformado. Como menor de las cuatro hijas del señor Peña, había vivido hasta sus veinte años rodeada de mimos y preferencias, que ella retribuía tratando por todos medios de hacer más dulce la ancianidad de sus padres, con esas gazmoñerías y arrumacos de que tanto se paga el cariño.

Había sido la niña predilecta, gozando de todos los fueros que rodean *á la hija de la vejez*, que es como el último vínculo que ata á los padres á la vida, y concentran en él todas sus afecciones con la misma avidez con que el jornalero se encariña con la última moneda de su salario. Educada en colegio de Hermanas de Caridad, Cristina había llegado á ser mujer sin darse cuenta de ello, entregada al cariño

de sus padres y á las exaltaciones de un misticismo inocente, que ella traducia en frívolas prácticas devotas, más aparatosas que concientes; algo que era en ella más diversion que una devocion, entreteniéndose en acicalar las imágenes que decoraban las paredes de su alcoba, pequeño nido siempre perfumado y deslumbrante de blancura, que hacía á la vez de dormitorio y de santuario, y cuya entrada era permitida á una que otra de sus amigas predilectas.

Desde la noche del baile, Cristina empezó hacer una vida más retraída dentro de su propia casa. Solo hacía sociedad en familia en las horas precisas del almuerzo y de la comida, y aún en esos momentos, permanecía abstraída, como si no quisiese distraer su pensamiento del recuerdo de Alberto. Retirada en su alcoba, permanecía allí horas tras horas, entregada á sus ensueños, con gran resentimiento de sus vírgenes y santos para quiénes no había ya ni una sonrisa ni una flor, ni aquellos adornos con que ántes se complacía en acicalarlos. Ya no la distraían sus muñecos divinos, absorta como estaba en el culto de una divinidad nueva, tangible, que ella sentia agitarse en todo su sér.

Por la tarde, empezaba recien á preocuparse de su persona. Se adornaba con esmero, ensayaba sus tocados de diversas maneras, se convertia ella misma en ídolo de su culto; no quedaba nunca satisfecha de su atavío, hasta que la arrancaba de aquella contemplacion el reloj que marcaba la única hora que en todo el dia la preocupaba. A las ocho indefectiblemente

entraba Alberto de visita. Cristina lo recibia embargada por la emocion, como algo que esperaba entre alegrías y zozobras, llena de inquietudes siempre por un minuto de retardo. La visita era para ella, nada más que para ella. Lo esperaba sentada en el balcon, teniendo á su lado la silla que él debía ocupar, sin darle tiempo más que para saludar á sus padres, con ese egoísmo propio de los enamorados que quieren concentrar en sí hasta la mirada más indiferente.

Y allí, en el balcon, juntos los dos, hablaban sin cesar, siempre sobre el mismo tema, renovándolo sin interrupcion, preguntándose diez veces lo mismo que otras tantas se habian preguntado la noche anterior, y repitiendo mañana lo que hoy se habian dicho, con ese empecinamiento egoista de la pasion, que nunca se cansa de hablar de sí misma.

....

Entretanto, las inquietudes del padre de Alberto aumentaban dia á dia. Evidentemente su hijo decaía de una manera visible. Aquel tinte de tristeza que reflejaba en su rostro un dolor interior, se acentuaba cada vez más; y hasta su carácter se transformaba. Apacible y condescendiente de costumbre, empezaba á manifestar cierta irascibilidad desconocida en él. La mínima contrariedad lo exasperaba, y si se le contradecía en cualquier punto, replicaba con exaltacion y descomedimiento. A las cariñosas insinuaciones de su padre, contestaba Alberto con sequedad, irritándolo más que nada los cuidados de que se veía rodeado. El bueno de don Rafael se pasaba las noches en

vela, alarmado por la tos seca que entrecortaba el sueño de su hijo. Larga lucha tuvo que sostener con él el anciano para que se prestase á un reconocimiento médico, pero pudo más la constancia del padre, y al fin consintió Alberto en ser reconocido, protestando sin embargo que aquello eran chocheces de viejo, que él nada tenía, y que se sentía mejor que nunca.

Poco satisfactorio debió ser el resultado de la consulta, pues don Rafael redobló sus cuidados, y revistiéndose de energía le manifestó á Alberto que era necesario cuidarse, y obedecer las prescripciones dictadas por los facultativos. Alberto sonrió, y continuó empecinado en que nada tenía, apesar de que dia por dia se acentuaban más en todo su organismo los síntomas de una enfermedad terrible.

Había perdido el apetito, y todas las arterías de que don Rafael se valia para alimentar á Alberto, se estrellaban en la caprichosa voluntad de éste, que parecía gozarse en desbaratar las cariñosas tretas con que el padre pretendía vencer sus resistencias.

Por último, como supremo recurso, decidió don Rafael avistarse con los padres de Cristina, para ver si la influencia de ésta lograba lo que ni el cariño ni la autoridad paternal habian conseguido. Nada ocultó el anciano á los padres de la prometida de su hijo, y alarmados éstos con lo que oyeron, hicieron comparecer á Cristina, y velando hasta donde era prudente la verdad, le dieron claramente á entender que Alberto no estaba bien.

Para Cristina, aquella confidencia á medias, fué

toda una revelacion. Ella se había apercibido ya del decaimiento de Alberto, pero en el egoismo de su pasion, había atribuido aquel cambio al amor que su prometido le tenía. Al caerle la venda de su alucinacion, quedó consternada, y encerrada en su alcoba se pasó todo el dia llorando, llena el alma de fúnebres preságios.



Cuando Alberto fué por la noche, la encontró pálida y triste, sentada en un sofá de la sala. Estaba, contra la costumbre, sola, y Alberto desde la entrada comprendió que algo grave la preocupaba. Pero cuando supo la causa de su tristeza, cuando ella, con los ojos brillantes de lágrimas y el acento entrecortado por los sollozos, le pintó su afliccion y le rogó que se cuidase, él se echó á reir, y tomándole una mano con cariño, le dijo:

—Estas son las arterías de papá. El pobre viejo, no sabiendo ya de qué ocuparse, ha inventado esta enfermedad para mortificarme con sus cuidados. No seas aprensiva, y hablemos de lo que hablamos todas las noches. Te prohibo que vuelvas á tocar ese asunto que ya me tiene cargado.

—Pero, Alberto.... insistió ella.

—Te repito que no hables más de eso, dijo Alberto interrumpiéndola y con tono agriado.

Ambos quedaron callados. Aquella pequeña discusion había coloreado el pálido semblante de Alberto, y respiraba aceleradamente, con la boca entreabierta, como si la exaltacion lo hubiese fatigado.

Cristina no se atrevía á mirarlo; lloraba silenciosamente, herida por el tono con que Alberto la había hablado por primera vez, él, tan suave, tan cariñoso siempre con ella. Él mismo se apercibió de su injustificada exaltacion, y tomándole nuevamente la mano le dijo:

—Perdóname. Te he dicho no sé cuántas impertinencias sin saber lo que decía. Me tiene papá tan fastidiado con esto de que estoy enfermo, que cada vez que me hablan de ello me exalto. Creeme, Cristina, que yo no tengo nada. Son cavilaciones de mi pobre viejo, que apenas toso, ya me cree grave.

Y sonriendo añadió:

—Yo padezco, sí, pero de otra dolencia que ya se ha hecho crónica, contra la cual es impotente la ciencia.—¿No te atreves tú á curarme?

Cristina sonrió á su vez. Ella sabía bien á que enfermedad se refería Alberto, y embriagada en las íntimas confidencias que su prometido le hacía, olvidó la triste escena con que había empezado la entrevista.

Salieron al balcon. Era una de esas noches templadas de Abril, una noche otoñal, quieta y clara. La luna, enorme y amarillenta, desbordaba por sobre las

azoteas é iluminaba todo con una claridad pálida, envuelta en brumas diáfanas. Desde el balcon en que Alberto y Cristina estaban reclinados, se veía el puerto, custodiado por el Cerro que se levantaba con su silueta negra, relampagueando periódicamente los destellos de su faro, como el ojo ciclópeo de un jigante mitológico.

Toda la ciudad empezaba á surjir de la penumbra, con sus azoteas escalonadas, como las graderías de un circo inmenso, descendiendo hácia la Aguada, y ascendiendo hasta acercarse á las torres de la Matriz, cuyas cúpulas se bruñían con lustre de plata, retratando en sus azulejos rayos de luna que se desmenuzaban en hebras de luz.

Cristina, con la mirada perdida entre aquellas vagas claridades, soñaba en el porvenir de dicha que Alberto le pintaba con cierta exaltacion febril, como queriendo convencerse á sí mismo de que todo aquello se había de realizar. No se esplicaba las dilaciones que oponía la familia de su nóvia á la consumacion de su dicha. A los argumentos que Cristina aducía para justificar el proceder de sus padres, replicaba él con vehemencia, protestando contra esas preocupaciones sociales que imponen al amor un noviciado inútil y hasta ridículo, que solo servía de tema para las hablillas de la gente. Desde que se querían, no había para que retardar lo que mañana podría realizarse, y sobre esto insistía con calor, como si temiese que la fatalidad se interpusiese á sus deseos.

Alberto calló, fatigado por la exaltacion en que lo

ponía aquella contrariedad que él pretendía salvar allanando todas las preocupaciones que segun él eran el único obstáculo que retardaba su felicidad.

La noche refrescaba, y dos ó tres veces sufrió Alberto fuertes ataques de tos que despertaron las adormecidas inquietudes de Cristina. Empeñóse con él en que se retirase del balcon, pretestando que ella misma no se sentía bien, pero Alberto no cedió, diciendo:

— ¿Vuélves otra vez con tus aprehensiones? Ya te he dicho que no tengo nada. Sería hasta de mal gusto encerrarnos en la sala, cuando podemos disfrutar desde aquí del magnífico panorama que tenemos delante.

Efectivamente, el paisaje que desde el balcon se divisaba era espléndido. La luna, despojada ya de los tules de brumas que la envolvían, brillaba como un escudo bruñido en el fondo negro-azulado del cielo, y bordaba el manto del mar con lentejuelas de plata. Las arboledas de las quintas, surgían como moles negruzcas, entre las que se destacaban los pretiles de las casas y las agujas que coronan los palacetes del Paso del Molino. Los cristales de los miradores reverberaban con resplandores de espejos, y las aguas de la playa, miradas desde aquella altura, semejaban enormes planchas de acero pulido en cuya superficie la luna trazaba rieles plateados. Los ruidos de la ciudad se apagaban poco á poco, haciéndose sentir en el silencio, como trenes lejanos, el rodar de los carruajes.

Alberto contemplaba todo aquello como en un éx-

tasis, y miraba de cuando en cuando á Cristina, que se había sentado en una silla, y apoyado el codo en la baranda del balcon, permanecía con la cabeza inclinada, descansando en la palma de su mano blanca y afilada, cuyos dedos resaltaban sobre la mata negra de sus cabellos.

Todas sus inquietudes habían renacido, y sin atreverse á contrariar nuevamente á Alberto, lloraba silenciosamente, ocultando sus ojos para evitar nuevas esplicaciones que hubieran provocado la irascibilidad que su nóvio mostraba cada vez que se le recordaba su enfermedad.

Así corrió otro mes, durante el cual se ahondaron las huellas que una dolencia terrible trazaba en el organismo de Alberto Conde. Todas las ilusiones que en su acendrado cariño paternal se creaba don Rafael para engañarse á sí mismo, se desvanecían ante la realidad de los progresos visibles del mal. Alberto había cambiado notablemente. La palidez mate de su rostro había tomado un tinte amarillento; los ojos empañados y circuídos de una sombra azulada, parecían enterrados en dos agujeros profundos; los lábios, secos y anémicos, los tenía constantemente entreabiertos, y su respiracion era siempre acelerada y anhelosa.

Su carácter se agriaba tambien por dias. Había cortado toda relacion con sus amigos, y ni se tomaba la molestia de ocultar su fastídio á Cárlos Centeno que asiduamente estaba á su lado pretendiendo distraerlo. El pobre don Rafael era la víctima de todas

las irascibilidades de Alberto. No le hablaba, y cuando lo hacía, era solo para recriminarlo por todo, por la comida, que no le gustaba; por los remedios, que consideraba inútiles; por los cuidados que con él se tomaba como si fuera un niño. Bastaba que don Rafael le advirtiese que el aire estaba frio, para que Alberto saliese sin abrigo. Si se le hacía presente que el cigarro le era perjudicial, fumaba sin descanso. Alberto era el espíritu de contradiccion constante: lo que para todos era blanco, era negro para él, y lo discutía con calor, y se exaltaba, y llegaba hasta los términos ágrios cuando se le replicaba.

Solo al lado de Cristina se suavizaba, porque solo ella era la que lo complacía en todo y asentía á todas sus opiniones. Ella era la única que sabía engañar la terquedad del enfermo. Se fingía débil para que Alberto la instase á robustecerse, y la acompañase á alimentarse. Había conseguido que su prometido comiese tres veces por semana en su casa, so pretexto de que él se cerciorase de que ella le obedecía, y á fuerza de arrumacos y coquetería que ella inventaba, lograba engañarlo.

Alberto se habia convertido en un niño caprichoso á quien era necesario reducir á lo razonable por medio de arterías y distracciones. Viendo que lo que más lo molestaba era el que se le hablase de su enfermedad, resolvió don Rafael, de acuerdo con los padres de Cristina, no hacer ninguna referencia á su estado. Entónces Alberto tomó por tema de sus recriminaciones el poco caso que de él hacian. Nadie

se preocupaba de él á pesar de constarles á todos que estaba enfermo. Don Rafael soportaba con santa resignacion aquellas injusticias, y esa misma resignacion exasperaba más á Alberto, que se la enrostraba como indiferencia para con él.

—Pero hijo, solía decirle el buen padre, ¿á qué he de molestarte cuando tú estás bien?

—¿Bien? replicaba Alberto exaltado; se conoce que Ud. no se preocupa mucho de mí, que me paso las noches en claro tosiendo sin descanso.

—Pero entónces, hijo, sigue las prescripciones que te han indicado los médicos; toma los remedios, aliméntate, abrígate.....

—¿Qué entienden los médicos? Si fuera á hacerles caso no tendría un momento de reposo. Lo que Ud. debería hacer sería hablar formalmente con los padres de Cristina para que se dejen de ridiculeces, y consientan en que nos casemos en este mes. Yo me iría al campo con élla y allí me restablecería de esta molestia que tengo. No necesito más remedio que el campo; estoy seguro de que en quince dias me pongo bueno.

—Pero la estacion está ya muy avanzada, objetaba don Rafael, y luego casarte en el estado delicado en que estás, no me parece bien. Vas á condenar á esa pobre niña á ser tu enfermera... No, hijo, vale más que te atiendas y cuando te mejores.....

Alberto no contestaba á esas juiciosas observaciones de don Rafael. Cortaba la conversacion y se retiraba, protestando contra todos, que parecían con-

jurados para contrariarlo. Vivía durante el dia en una constante irritacion, y por la noche se desahogaba con Cristina, confiándole todas sus contrariedades, que ella escuchaba con interes asintiendo á todo y finjiendo compartir sus disgustos.

Cuando Alberto se separaba de su lado, Cristina se retiraba á su habitacion y lloraba amargamente, como si su alma presintiese un golpe fatal. Sin querer darse cuenta de la realidad, que ella trataba de ocultarse á sí propia forjándose mentidas ilusiones, Cristina adivinaba que sobre su cabeza se cernía una tormenta horrible, algo que ella no se atrevía á precisar, y que sin embargo entreveía como una vision fatídica. Aquella idea la embargaba por completo, y entregada á élla vivía como secuestrada dentro de su propia casa, aislada de su familia, evitando la intimidad de sus amigas, enterrada en su egoísmo que no le permitía más que pensar en Alberto.

Cristina tambien había desmejorado. Ya no era aquella niña graciosamente contorneada y de rostro risueño que Alberto había visto por primera vez frente á la Iglesia Matríz. Su cuerpo se había adelgazado visiblemente, y su rostro afilado y pálido, dibujaba huellas de una profunda tristeza. Poco á poco había ido abandonando los atavíos con que ántes se adornaba para recibir á su nóvio. Sus vestidos eran lisos y oscuros, y sus tocados de una severidad monjil.

Sólo salía á la calle los Domingos, al toque del alba, y se dirijía á la capilla de las Hermanas de

Caridad donde oía misa, y regresaba en seguida á su casa por las calles más solitarias.

En vano porfiaba Alberto porque saliese á paseo. Ella se resistía siempre pretextando que no se encontraba bien, ó disculpándose con las tareas que el arreglo de su ajuar le imponía, que era el motivo que mejor aceptaba Alberto, como que su premura por casarse aumentaba en razon directa de los progresos de su enfermedad.

Con motivo del cumpleaños de Cristina, se organizó en su casa una fiesta de familia, que los padres trataron hacerla lo más amena posible para distraer á la niña de la preocupacion en que vivía. Habían de comer con ella todas sus parientas y amigas, y se invitaron á algunos amigos de la casa.

Para Alberto y Cristina, marcaba aquella fecha, no sólo un acontecimiento de familia, sinó algo más íntimo para los dos. Hacía precisamente tres meses que se habían conocido, y como todos los enamorados, encontraban motivo en aquella coincidencia para forjarse nuevas ilusiones, que son como la sávia que entretiene y nútre al amor.

Llegó por fin el dia. Era el 5 de Junio, dia triste, envuelto en nieblas grises. La casa de los Peña estaba en movimiento desde las primeras horas de la mañana, preparando todo para la fiesta que debía concluir con una tertulia, sorpresa que los padres de Cristina le reservaban, como ofreciéndole ocasion de que presentase á la sociedad á su prometido.

Cristina permanecía indiferente á la agitacion que

en su casa reinaba. Sin poder esplicárselo ella misma, estaba más triste que de costumbre, y ni los cariños de sus amigas ni los regalos que profusamente le llegaban, lograban sacarla de su retraimiento. Á las cinco de la tarde llegó Alberto acompañado de su padre, y media hora despues se sentaron todos los invitados, en número de veinte, á la mesa que presidía con visible satisfaccion la señora de Peña, teniendo á su derecha á don Rafael, y á su izquierda á Cristina, que tenía del otro lado á su prometido Alberto.

La comida fué animada y alegre. Don Rafael con su buena pasta, habia resucitado las bromas de su tiempo, y hasta el mismo Alberto las festejaba, riendo con Cárlos Centeno, á quien tenía enfrente, de las antigüallas del *viejo*. Motivo tenía el buen anciano para estar contento y decidor. Hacía tiempo que no veía á Alberto tan animado, y hasta llegó á creer que la enfermedad era más impaciencia por casarse que otra cosa. Efectivamente, Alberto estaba desconocido, tenía el rostro encendido, hablaba con vivacidad y se reía de muy buena gana.

Solo Cristina parecía inquieta con aquella desusada animacion. Miraba á Alberto atentamente, y al notar el color encendido de sus mejillas, y la brillantez de su mirada, se entristeció más aún á punto de que Alberto lo echó de ver, y hablándole al oido despacio, le dijo:

—No pongas esa cara, porque los convidados van á creer que te fastídia estar á mi lado.



—Lo que me tiene inquieta, es precisamente tu agitacion, Alberto. Nunca te he visto así.

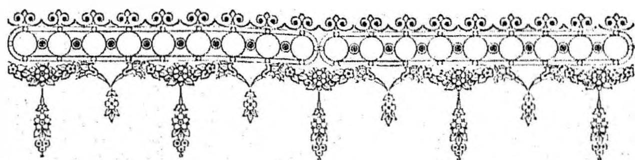
Alberto lo echó á broma, y continuó hablando con exaltacion, riendo con Centeno de los chistes de don Rafael, que satisfecho al ver la alegría de su hijo, agotaba todo el repertorio de sus buenos tiempos.

Á los postres, la animacion se hizo más ruidosa. Estaban todos contajiados del buen humor que manifestaban los mayores, y se reían con franqueza. Un golpe de tos cortó una sonora carcajada de Alberto se llevó el pañuelo á la boca tratando de contener el acceso, y de pronto palideció, inclinó la cabeza, y resbalando por la silla, cayó á los piés de Cristina.

....

Cuando lo levantaron, pálido, con los cabellos pegados á la frente empapada en un sudor helado, notaron todos con terror una mancha de sangre sobre la blanca pechera de su camisa!





IV

Ocho dias permaneció Alberto en cama desde el grave accidente que habia consternado á los que asistieron á la comida en casa de los Peña. La enfermedad se manifestaba ya de una manera franca, sin dar motivo á las más remotas dudas sobre su carácter y gravedad. Cumplíase en Alberto la ley de herencia con implacable rigor. Su madre había muerto tísica tambien, solo que en ella el mal se habia desarrollado lentamente, agravándose y aliviándose con alternativas, pero destruyendo siempre, cavando el micróbio sus cuevas en los pulmones como mina la carcoma en la madera, sigilosamente, sin dejar ver nada en la superficie, hasta que llega un dia en que destruidos todos los tejidos queda todo reducido á polvo.

En Alberto, la tísis no avanzaba con esas cautelas é hipocresías. Incubaba en su organismo por la trasmision hereditaria, había esperado pacientemente el desarrollo de su víctima, y se había presentado de repente, como un invasor seguro del triunfo, hiriendo y destruyendo á cara descubierta, como quien no teme la resistencia. En ménos de cuatro meses se

había ensoñereado de toda la vitalidad de Alberto: había agotado primero toda la sávia de la nutricion, despues había entorpecido los órganos de la respiracion, y considerando todavía morosa su obra, la precipitaba haciéndole arrojar la sangre que alimentaba su existencia.

Cuando se levantó Alberto, parecía que había pasado por él todo un año de sufrimientos. Tenía el rostro demacrado, hundidos los carrillos, la nariz afilada y las orejas transparentes. La ropa le colgaba en el cuerpo como en una percha. La vida se había reconcentrado en los ojos, que brillaban dentro de sus profundas concavidades sombreadas por un borde azulado.

Pero si el cuerpo estaba decaído, el ánimo estaba en cambio en él más entero que nunca. Aquello no era nada: por el contrario, era una suerte haber tenido aquel vómito de sangre, porque así se había descargado de la opresion que lo fatigaba. Dentro de quince dias estaría ya repuesto y podría empezar los preparativos de su casamiento.

Don Rafael, cuando le oía hacer esos proyectos, se violentaba por no dejar correr las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Decidido á no contrariar á su hijo en nada, le seguía sus gustos, y hasta tuvo la debilidad de acompañarlo á elegir los modelos de los muebles con que debía adornar su alcoba nupcial.

Alberto, á su vez, complacía á don Rafael, no saliendo de noche y observando con puntualidad el régimen prescripto por los facultativos. Visitaba á

Cristina de dia, y á solas con ella esplayaba sus proyectos para el porvenir con febril locuacidad. Irían á pasar la luna de miel á la estancia, y no volverían á Montevideo hasta la entrada de Otoño.

—No te resientas, mi querida, le decía él con cariño, por el destierro á que te condeno. Confieso que soy un poco egoista en esa exigencia, pero quiero vivir á tu lado sin que nadie nos moleste, libres de los cumplimientos sociales, y dueños de todo nuestro tiempo para querernos. Nos casaremos á fines de Agosto é inmediatamente nos iremos para la estancia. Figúrate que el otro dia me dijo mi viejo que él tambien nos acompañaría, pero yo le contesté que se dejase de pensar en tal cosa porque no se lo consentiría. Dice que es para cuidarme. ¡Cómo si yo necesitase cuidados! Y sobre todo ¿no estarás tú á mi lado?

Cristina lo oía con el corazon oprimido por la pena, y no se atrevía á contestarle una sola palabra, temerosa de que los sollozos de su voz tradujesen su afliccion. Era horrible su situacion. Veía á su prometido aniquilándose por dias, y acrecentaba su dolor oir los risueños proyectos que en su exitacion fraguaba.

Entretanto, el invierno, aliado á la enfermedad, agravaba el estado de Alberto de una manera alarmante. El vómito de sangre habia aminorado por algunos dias todas las otras manifestaciones de la dolencia, pero poco á poco habia reaparecido la tos, que era lo que más destruía al pobre jóven. Volvió

Alberto á su mal humor y displicencia por todo. La alimentacion se le hacía repugnante; mortificábanlo los cuidados y suprimió toda medicamentacion.

Don Rafael, desesperado, acudió nuevamente á Cristina, como única influencia bastante á dominar la caprichosa voluntariedad del enfermo; pero aún éste recurso fué ineficaz. Empezó Alberto por agriarse cada vez que Cristina trataba de insinuarle la necesidad de que se atendiese, é insistiendo ella, acabó por retirarse un dia bruscamente. Volvió al siguiente dia, y á los dulces reproches que Cristina le hizo por su irascibilidad de la víspera contestó él con viva exaltacion:

—Es que ya no se puede vivir tranquilo con estas impertinencias. Yo no tengo nada, absolutamente nada, y sin embargo todos se empeñan en que he de estar enfermo. Y voy á acabar por enfermarme sériamente si siguen así, pero va á ser de desesperacion. No basta ya que en casa tenga que soportar los sermones de papá, y las majaderías de Centeno que le hace coro al viejo, sino que aquí, á tu lado, me han de molestar tambien con esas zonceras que me exasperan. No veo más que caras tristes á mi alrededor: papá que apénas me mira un rato se pone á hacer pucheros como un niño, tus padres que me saludan como á un moribundo, y tú misma, con esa palidez y ese desencaje que parece que me estás haciendo el duelo . . .

—Alberto . . . !

—Vas á decirme que nó? ¿Crees tú que yo no ob-

servo lo que pasa? Donde yo entro se acaban todas las risas y todas las alegrías. Hasta tus hermanas se ponen sérias cuando me ven. Ni que fuera yo un espectro...! Tú estás enclaustrada como una monja, y hasta en tu traje lo pareces. Cualquiera diría que me están presagiando la muerte...

—No sigas, Alberto, por Dios...

—Sí, quiero seguir, porque quiero de una vez poner fin á esta situacion desesperada para mí. A veces creo que tú eres la más empeñada en retardar el casamiento. Nunca me hablas de ese asunto y cuando yo te hablo, no me contestas nada. El señor Peña no me dice más que medias palabras, tu mamá parece que se disgusta cuando oye hablar de casamiento, y papá ha dado en la gracia de ponerse á lloriquear cada vez que le pido que me compre algo para el arreglo de la casa.

—Es que todos se interesan por tí, Alberto...

—Si, bonito modo de interesarse, y se complacen en mortificarme. ¿Crees tú que á mi me engañas? Crees tú que yo no sé que quieren retardar en todo lo posible nuestro casamiento so pretesto de que soy todavía muy muchacho? Yo ya lo he adivinado, y es por eso que pretenden hacerme creer que estoy enfermo. Y tú estás complotada con ellos tambien...

—Alberto...!

—No hagas aspavientos ni me contradigas porqué sé bien lo que digo. Si no fuera así ¿porqué habías tú de mostrarte tan retraída conmigo, que cuando estoy á tu lado más pareces una victima que una nó-

via? Yo no soy un chiquillo para que juege nadie conmigo, y si tu estás arrepentida de tu compromiso, dímelo no mas, con franqueza, que yo no . . .

Un golpe de tos interrumpió á Alberto, y quedó por largo rato fatigado. Cristina lloraba silenciosamente soportando con resignacion las injusticias que contra ella profería aquel pobre tísico, exasperado por la fiebre que lo consumía. En esta situacion los encontró el señor Peña, y dirijiéndose á Alberto, le dijo:

—Adivino poco más ó ménos lo que ha pasado, y francamente, mi jóven amigo, su proceder para con mi pobre Cristina es inesplicable. Hace dias que vengo notando que despues de cada una de sus visitas queda esta niña llorosa y abatida, siendo así que ella vive consagrada á usted por completo, llegando hasta prescindir de sus padres que la adoran! . . . . .

Cristina, al oir el justo reproche de su padre, lo abrazó prorrumpiendo en amargos sollozos, como si se desahogase de una pena que la abrumaba. Alberto no se conmovió, y dando errónea interpretacion al llanto de su prometida, tomó su sombrero y se dispuso á retirarse.

—Alberto, dijo el señor Peña, deteniéndolo; no creo que usted haya tomado á mal mis reproches, hijos de mi cariño paternal.

—No señor, yo sé bien como debo apreciar esta escena, y como nunca acostumbro á estar demás en ninguna parte, me retiro.

—Alberto! sollozó Cristina, desprendiéndose de los brazos de su padre.

Pero el jóven no la oyó ó no quiso oirla, y salió apresuradamente. Al llegar á su casa tuvo un nuevo vómito de sangre, y quedó desfallecido. Cinco dias estuvo postrado sin ánimo y sin fuerzas ni para incorporarse en el lecho. Don Rafael reunió en consulta á tres de los principales médicos, y éstos resolvieron que era necesario mandar á Alberto á un clima más templado, porque el invierno le sería fatal.

Valiéndose de mil rodeos empezó don Rafael á insinuar al enfermo la conveniencia de un viaje al Brasil; pero, con gran sorpresa suya, á las primeras indicaciones contestó Alberto resueltamente:

—Precisamente eso es lo que iba á pedirle asi que me sintiese algo más fuerte. Quiero salir de Montevideo é irme á cualquiera parte, en la seguridad de que voy á curarme.

Cuando pudo levantarse, lo primero que hizo Alberto, fué abrir un cajon de su escritorio y sacar de él varios objetos y papeles, que empaquetó cuidadosamente, y llamando en seguida al criado, le dió órden de que lo llevase á casa de la señorita Cristina.

No esperaba ésta aquella resolucion, creyendo que la última escena habia sido solo motivada por el estado de exitacion en que se encontraba Alberto; pero, cuando recibió los recuerdos que ella habia dado á su prometido, cayó anonadada y permaneció durante largas horas en una completa insensibilidad,

sin dar más señales de vida que algunos espasmos nerviosos.

Aquella noche visitó don Rafael á los señores de Peña con el objeto de indagar lo que habia pasado, y cuando lo supo, á pesar del ciego cariño que tenía á su hijo, no pudo ménos que exclamar:

—Pero, esa conducta de Alberto es injustificable!

—No acrimine usted á su hijo, don Rafael, contestó la señora. Nosotros somos los primeros en disculparlos, porque harta desgracia tiene él con su enfermedad para que todavía se le inculpe.

—Pobre, hijo mío!

—No desespere usted aún. Es muy posible que el viaje á Rio Janeiro le siente bien, y yo tengo seguridad de que una vez repuesto, él volverá al lado de Cristina á quien quiere entrañablemente á pesar de este aparente desvio.

En este sentido seguían conversando, cuando apareció en el dintel de la sala, como una sombra, Cristina, vestida toda de negro, con el semblante pálido, los ojos muy abiertos, y quedó allí inmóvil, muda, asemejándose á una sonámbula.

Levantáronse todos y salieron á su encuentro, y entónces ella, como si despertara de un sueño, dió un grito y se precipitó en los brazos de don Rafael, llorando amargamente, con sollozos profundos, que arrancaron lágrimas á todos los que presenciaron la escena.

Don Rafael la oprimió sobre su pecho y la besaba en la frente, repitiendo con voz llorosa: Hija mia!

hija mia! Poco á poco fué Cristina calmándose, y cuando los sollozos la permitieron hablar, preguntó dulcemente:

—¿Y Alberto?

—Está bien, hija; quedó en casa. Pronto vendrá á verte.

—Nó, á mi me engañan. Yo he soñado una cosa horrible, muy horrible! Quiero verlo, quiero verlo ahora mismo.

Y rompió á llorar nuevamente hasta quedar postrada en una crísis nerviosa.

Don Rafael se retiró con el alma traspasada de dolor, y al llegar á su casa, encontró á Alberto rodeado de cuatro amigos, á los cuales esplicaba los proyectos que iba á realizar en su próximo viaje á Rio Janeiro. La fiebre continuaba alimentando su imaginacion, y á medida que su físico se consumia en aquella destructora combustion, su espíritu penebra más en el porvenir, descontando el tiempo con esa avidez de quien presiente que no podrá disfrutarlo.

Parecía que había olvidado á Cristina por completo, y á las preguntas que Centeno le hacía en la intimidad sobre su alejamiento de su prometida, contestaba con evasivas, como si le mortificase el recuerdo de su proceder. El mismo Alberto no se esplicaba bien porqué había dejado de ir á casa de Cristina. Reconocía que ella no le había ofendido en nada, y á sólas se confesaba de que la quería tanto como ántes, pero, no se resolvía volver á verla.

No quería darse cuenta de que aquella displicencia era un nuevo síntoma de su enfermedad; todo le disgustaba, y solo se mostraba activo para hacer sus preparativos de viaje. Debía partir á fines de Junio y pocos dias faltaban ya para el de la salida del paquete.

Don Rafael había de acompañarlo á pesar de sus protestas.—Es una molestia inútil que usted se toma, papá, por mí. Yo puedo hacer el viaje solo perfectamente. Va usted á abandonar sus negocios y á mortificarse á su edad por un exceso de precaucion infundada, porque ya ve que ahora estoy muy bien y no necesito de nada.

—Está bien, hijo, le contestaba don Rafael para calmarlo, pero, no seas tan egoista que quieras privarme de hacer un paseo. Te acompañaré en el viaje, me quedaré unos pocos dias en Rio Janeiro hasta dejarte instalado y regresaré en seguida.

Por fin llegó el dia de la partida. Alberto estaba nervioso y agitado desde por la mañana, y apresuraba á todos con febríl impaciencia, como si temiese que un obstáculo imprevisto había de interrumpir su viaje.

—Recien á las cuatro saldrá el vapor, le observaba don Rafael, así es que no tienes por qué apurarte; apénas son las once.

—Es que no quiero dejarlo todo para última hora. Esos paquetes de ultramar se van en cuanto completan su carga, y no es cosa de que nos quedemos con las balijas prontas. Además el dia está tan sereno

que convida á aprovecharlo para el embarque, no sea que por la tarde se levante viento y lleguemos á bordo mareados. Yo creo que á la una deberíamos ponernos en camino.

—Está bien, Alberto, por mí, estoy pronto á la hora que quieras; y al decir esto, el bueno de don Rafael fingía estar muy atareado en los arreglos, para ocultar las lágrimas que le humedecían los ojos. Él no se hacía ilusiones sobre los resultados del viaje, porque comprendía que no había en su hijo fuerzas para contrarestar los avances del mal que lo consumía. La tuberculosis había hecho estragos terribles, cuyas consecuencias no era difícil preveer á pesar de la engañosa trégua que el mal parecía haber otorgado á su víctima.

A la una, subió Alberto en el carruage, que en la puerta lo aguardaba, acompañado de Cárlos Centeno. Don Rafael había salido momentos ántes pretestando algunas diligencias que tenía que hacer, pero, con el propósito de despedirse de Cristina, paso que había creído prudente ocultar á Alberto. Triste y desgarradora fué aquella escena. Cristina abrazaba á don Rafael, lloraba desesperadamente, sin oír los pobres consuelos que le daban sus padres, haciéndole entrever la esperanza de que aquel viaje le devolvería á Alberto completamente restablecido.

Arrancóse don Rafael de los brazos de la desgraciada niña, impotente ya para resistir á la pena que lo afligía, y Cristina, al separarse de él levantó sus humedecidos ojos, y fijándolos en la puerta de la

habitacion en que se hallaban, dió un grito supremo, mezcla de dolor y alegría:

—Alberto!

Era Alberto, efectivamente. Al pasar por la esquina de la casa de Peña, habían revivido en él todos sus recuerdos, y sin poder contenerse, hizo detener el carruage, subió rápidamente la escalera, y guiado por los sollozos de Cristina, se presentó en la pieza en que ella se encontraba acompañado de sus padres y de don Rafael.

Aquella súbita aparicion, sorprendió á todos; á todos ménos á Cristina, á quien parecía que una intuicion secreta le anunciára que Alberto no partiría sin verla. Los padres se alejaron llorando, y quedaron solos los prometidos, mirándose extasiados en una muda contemplacion, diciéndose con los ojos todo lo que con los lábios hubiera sido inagotable tema de sus conversaciones. Por fin Alberto rompió el silencio, pidiendo perdon por su desvío.

Cristina no lo dejó concluir. El había tenido razon, toda la culpa era suya; era ella quien debía ser perdonada, por las contrariedades que le había causado. Pero, no quería retardar el viaje, al contrario: si la amaba, si en algo podía complacerla, debía realizar aquel viaje que era necesario á su salud. No lo olvidaría un momento, como él no la olvidaría á ella, estarían siempre juntos, unidos por el recuerdo.

Así permanecieron dos horas entregados á una dulce intimidad, borrados ya todos los recuerdos del último disgusto. Fué necesario que don Rafael se

presentase en la habitacion en que se encontraban, y que en tono jovial dijese:

—Amigo, ahora me toca á mí apurarlo. Tenemos los minutos contados, y si hemos de embarcarnos hoy, no hay tiempo que perder. Parece que ya no estás tan impaciente como esta mañana!

Alberto sonrió y no dió otra contestacion que tomar la mano de Cristina, como sobrada justificacion de su demora.

—Yo los acompañaré hasta abordo, dijo ella con resolucion. Papá había resuelto ir con usted, y yo me agrego á la comitiva. En dos minutos estoy pronta.

Cinco minutos despues salieron los cuatro, en direccion al muelle. Alberto y Cristina delante, y los dos ancianos detrás, regocijándose del feliz desenlace de aquel incidente que había entristecido dos hogares por espacio de muchos dias.

Un vaporcito los esperaba en la escalera del muelle, cargado ya con los equipages, y momentos despues se desprendia de la costa, haciendo hervir el agua con los rápidos volteos del hélice.

Era una tarde plácida, fria y serena, franjeado el horizonte con celajes dorados. Desde el Cerro hasta la Aduana, el sol trazaba sobre el agua un riel de luz que ondulaba con contracciones de serpiente, y se rompía cada vez que cruzaba alguno de los vaporcitos del tráfico, dejando trás de sí una estela bullidora. Alberto, de pié, en la popa de la embarcacion que lo llevaba, miraba hácia la ciudad como dándole la despedida. Por momentos se volvia á Cristina y le

sonreía con cariño mientras que ella, repuesta ya de la emocion que la reconciliacion le había causado, volvía á su tristeza, impresionada por la demacracion que notaba en su prometido. Era triste aquella despedida: por un lado Alberto, lleno de ilusiones, hablando del porvenir como si lo tuviese comprado; por el otro, Cristina, presa de siniestros presentimientos tratando de ocultarlos á aquel pobre visionario que á medida que se agravaba, más alejaba toda sospecha sobre la gravedad de su estado.

Así llegaron al paquete que iba á conducirlos á Rio Janeiro. El vapor hacia sus últimos aprontes. Por ámbos costados funcionaban los pescantes con estrépito, izando los bultos de carga, mientras los lancboneros contaban con voz monótona lo que iban entregando.

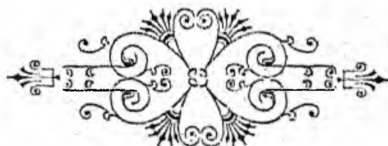
La despedida fué corta. Cristina se apresuró á separarse de Alberto para desahogar el llanto que la oprimía, y cuando el vaporcito, de regreso ya, se separó del paquete, cayó ella en brazos de su padre anegada en lágrimas. Alberto, desde la popa del vapor, agitaba su pañuelo en señal de despedida, y advertida Cristina por su padre, correspondió al saludo

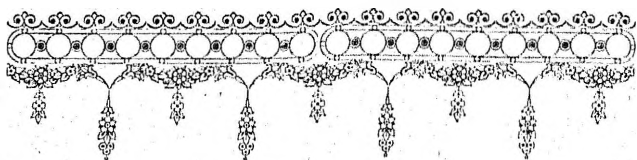
El sol se ocultaba ya detrás del Cerro entre celajes rojizos, y empezaban á brotar las brumas del mar envolviendo á la ciudad en gasas blancas, á través de las cuales brillaban con resplandores de fragua los cristales de los miradores.

Poco á poco fueron las sombras invadiendo el paisaje, y cuando don Rafael sacó á Alberto de la

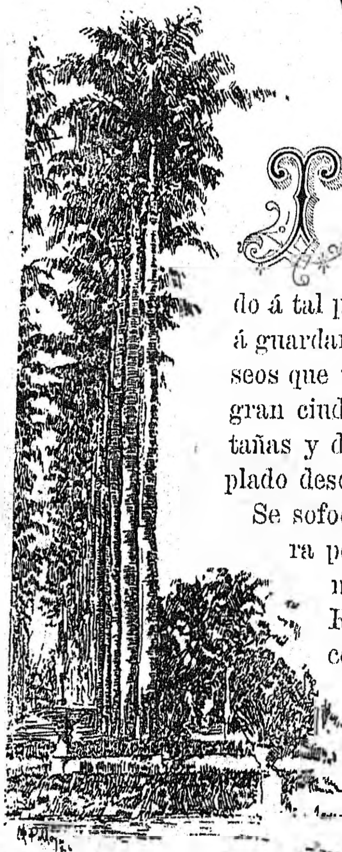
contemplacion en que había quedado desde que se separó de Cristina, solo se distinguía la ciudad como un estrellado de luces amarillentas, que en la costa se retrataban sobre el mar con fulgurantes estelas.

El hélice del vapor agitó ruidosamente las aguas, y un minuto despues, abría con su afilada proa una ancha herida en el lustroso lomo de nuestro gran estuario.





V



Triste fué la llegada de Alberto Conde á Rio Janeiro. Las fatigas del viaje lo habían postrado á tal punto, que se vió obligado á guardar cama á pesar de los deseos que tenía de recorrer aquella gran ciudad, cuyo marco de montañas y de verdura había contemplado desde la cubierta del vapor.

Se sofocaba en aquella atmósfera pesada, y consultados los médicos para quiénes don Rafael llevaba valiósas recomendaciones, determinaron éstos que el enfermo inmediatamente debía ser trasladado á un punto elevado de los alrededo-

res de Rio, designando especialmente la Tijuca, donde encontraría todo género de comodidades.

Dos dias despues, Alberto cruzaba en carruaje la ciudad y se dirijia á la Tijuca, preciosa montaña situada en las proximidades de la ciudad, y se instalaba en un cómodo hotel edificado en una de sus pintorescas laderas. El pobre enfermo se encontraba bien en aquel ambiente puro y tibio que daba descanso á sus fatigados pulmones.

El sítio era encantador. La montaña, vestida de árboles hasta la cumbre, era un jardin espléndido, en que crecían todas las plantas tropicales con lozana exhuberancia, entretegidas unas á otras con mallas de lianas. Cerca del hotel, un arroyuelo que corría desde las alturas culebreando por entre los árboles, se precipitaba de repente en el vacio, y despues de un salto de veinte varas, volvia á tomar su cáuce, arrastrando en su rápida corriente las burbujas de espuma que el agua formaba al caer. Ante aquella cascada se pasaba Alberto las horas, mirando como el agua se rompía en las piedras, desmenuzándose en agujas aceradas, que formaban un nimbo de niebla en torno de aquel sitio.

Cada vez estaba Alberto más reconcentrado en sí mismo, y pocas eran las palabras que don Rafael lograba sacarle. Cuando hablaba, era con displicencia, aun sobre los asuntos que más podría interesarle. Lo único que por algunos momentos despertaba su interés era lo que su padre le hablaba de Cristina. Parecía que todo sér se reanimaba, pero aquellos re-

lámpagos de vida duraban poco, y quedaba nuevamente sumido en su abatimiento, la cabeza hundida entre los hombros angulosos, la mirada vidriosa y fija, la frente humedecida en sudor, y la respiracion fatigosa, anhelante, con los lábios entreabiertos como si quisiera absorver todo el aire que lo circuía para alimentar á los pulmones que se deshacían minados por la tísis.

Y así se pasaba las horas, sentado, con las espaldas encorvadas, haciendo todo género de esfuerzos por contener la tos, que era lo que más lo postraba. Apenas tenía aliento para escribir, solo lo hacía por Cristina, á quien le pintaba su estado como muy satisfactorio, no con el propósito de engañarla, sino por que así lo creía él sinceramente, con esa ilusion que anima á los tísicos hasta sus últimos momentos.

Pero Cristina no se engañaba. En el laconismo de las cartas de Alberto, en la frialdad que ellas respiraban, en la inseguridad de la letra, ella adivinaba la realidad y hasta la exageraba con ese empeño con que siempre parece que se complace en mortificarse el que sufre. Ella no quería oir consuelos ni esperanzas, y sin temor ya de que Alberto adivinase en su rostro las lágrimas, lloraba todo el dia, sin aspavientos y sin empasmos, sino tranquila, resignada, como si hiciera ya largo tiempo que hubiera recibido el golpe que la amenazaba.

Vivía en un estrecho retraimiento de claustro, rigurosamente vestida de lana negra, sin adornos ni atavíos de ningun género, entregada al culto de los

recuerdos, y arrobada en un misticismo que ella misma no acertaba á descifrar con precision, mezcla de algo divino y algo humano, sér intermedio entre la imágen de Alberto Conde y la de Jesús, que identificaba Cristina á punto de fundirlas en una sola.

Ella nunca había sido beata, y no tenia de religion más nociones que las muy vagas que había recojido en el Colegio de las Hermanas de Caridad, donde solo le enseñaban la mecánica del culto católico en cuanto concierne al aparato escénico del templo: á bordar mantos, á cribar pañizuelos, á confeccionar flores de trapo y picar papeles para adornar los cirios. Su religion era más material que espiritual y así se esplicaba aquella veleidad con que había abandonado sus santos al sentir las primeras sensaciones del amor, continuando sin embargo en sus pláticas religiosas, más hijas de la costumbre que de la devocion.

Pero, marchitadas sus ilusiones terrenales, su alma, ávida de amor, volvía á acariciar aquellos ideales místicos, y sin darse mucha cuenta de ello, encarnaba en la dulce memoria de Jesús el recuerdo querido de su Alberto, á quien una voz secreta parecía decirle que no volvería á ver.

A pesar de los ruegos de sus padres, Cristina se entregaba dia por dia á la vida contemplativa, prescindiendo en cuanto le era posible del contacto con toda persona. Había despojado su alcoba de todas sus coqueterías y monadas que la adornaban: ni una flor en los floreros, ni una cinta en el cortinado, ni un

frasco de esencias en su tocador. Bajo pretesto de que el polvo que se adheria á la alfombra que cubría el piso la molestaba, la hizo quitar; cambió con otro pretesto su cama de jacarandá tallado por otra lisa de fierro, y poco á poco convirtió su ántes risueña alcoba, en una pieza severa y sombría como una celda.

Alegando que aquello le distraía no permitió que la sirvienta hiciera el acomodo de su habitacion, y antes que nadie se levantase en la casa, ya ella había hecho sus arreglos y estaba entregada á sus meditaciones místicas frente á un crucifijo, á cuyo pié se veía, como única ofrenda, un paquete de cartas que ella leía y releía todos los dias, como si aquellas palabras escritas hicieran revivir en su oído el acento de su ausente querido.

Una de sus hermanas que tenía su cuarto contiguo al de Cristina, oyéndola sollozar una noche, atisbó por el ojo de la cerradura, y vió con sorpresa que á pesar de la hora avanzada que era, estaba aquella vestida sobre la cama, al parecer dormida, iluminado su pálido rostro con los débiles reflejos de una veladora encendida frente al crucifijo.

Comunicó la hermana al dia siguiente á sus padres lo que había visto, y estos, alarmados con aquella novedad, quisieron cerciorarse de si era una simple casualidad el haberse dormido Cristina vestida, ó si era práctica que había adoptado en su nuevo método de vida. Aquella misma noche se convencieron de que Cristina se acostaba sin desnudarse, y consultado el médico de la casa sobre el particular, declaró que

era urgentemente necesario impedir aquella locura, pues ya lo tenía preocupado aquella palidez y el desencaje de la niña, y en tan delicado estado forzosamente había de serle muy perjudicial aquella práctica anti-higiénica.

A los cariñosos reproches de sus padres, Cristina quiso negar lo que se le inculpaba, pero enternecida despues por los ruegos, hechó á llorar pidiendo que la perdonasen, pero que no la violentasen porque aquello era un voto que había hecho.

—Es un voto que nadie te agradecerá, hija mia, le decía su padre, porque es un sacrificio completamente estéril, pues ni Alberto ha de recuperar la salud por el hecho de que tu te acuestes vestida, ni tú serás más virtuosa por mortificar tu cuerpo.

—Dios exije estas contrariedades, contestaba Cristina con estóica resignacion.

—No hija; Dios no se entromete en estas cosas. Si tu eres su obra, haces mal en destruirla como te estás destruyendo, llevada de esas doctrinas fanáticas de que te han llenado la cabeza en el colegio. Parece imposible que tú, tan sensata siempre, incurras en esas ridiculeces con que no solo te enfermas sinó que acongojas á tus padres que solo miran por tu bien.

Prometió Cristina que no lo volvería á hacer, pero no lo cumplió, preocupada con el supersticioso temor de que faltar á su voto acarrearía sobre Alberto la cólera de Dios. Y asi poco á poco lo que en un principio había sido solo una distraccion, iba acentuán-

dose con toda la persistencia de una neurósis mística, que la hacia mirar con suprema indiferencia todo lo que la rodeaba, y relajando en su alma cariñosa hasta las afecciones de familia.

Entre tanto, la enfermedad de Alberto Conde, léjos de cejar, seguía avanzando de una manera aterradora. La carne se iba de aquel cuerpo, dejando solo la armazon huesosa apénas cubierta por la epidérmis amarillenta y húmeda. Solo la santa paciencia de un padre podía soportar las impertinencias de un pobre enfermo, que más se apegada á la vida á medida que en él se iba estinguiendo. Se aburrió de la Tijuca, se le hizo insoportable el hotel, á caya servidumbre tenía ya cansada con sus eternos reproches sobre la comida, sobre la cama, sobre todo, y exijió á don Rafael que lo llevase á las cercanías del Jardin Botánico, donde tenía la seguridad de que se encontraría mucho mejor.

Allá fué el solícito padre á consultar nuevamente á los médicos, y estos, que no se hacian ilusiones sobre el estado de Alberto, le aconsejaron que lo llevase donde él quería ir, que sin duda aquello le sentaría bien porque la estacion calurosa avanzada, y la proximidad del mar le harían más llevadera la temperatura.

Don Rafael alquiló un *chalet* próximo al Jardin Botánico y se instaló allí con su hijo. Los primeros dias los pasó bien, distraído con la novedad del paisaje. Paseaban los dos por los alrededores y no se cansaban de admirar la decoracion de verdura que

tenía por delante. Sobre todo, lo que más atraía la atencion de Alberto, era la entrada del Jardin Botánico. Se detenía allí largos ratos contemplando aquella calle interminable de palmeras que muere al pié de la montaña, parimentada de arena rojiza, sobre la cual se destacan los promontorios de césped que sirven de base á aquellas columnas rectas y esbeltas, coronadas con un elegante chapitel de hojas verdes y brillantes como si de seda fuesen tejidas.

En medio de aquella vida, de aquella lozanía, de aquella lujúria de la naturaleza, el pobre tísico parecía más consumido aún. Se sentaba en un banco, á la entrada, al pié de un árbol que era la imágen de su existencia, invadido por los parásitos que se nutrían con su sávia, matando toda su vejetacion, y allí se pasaba horas tras horas, aniquilándose en el quietísmo, y devorado por la combustion interior que iba poco á poco secando las fuentes de la vida.

Al cabo de un mes, el Jardin Botánico le aburría ya como le había aburrido la Tijuca. Quería volver á Montevideo á dilatar la vista en las planícies. Aquellas montañas lo sofocaban, sobre todo el *Corcovado*, á cuyo pié vivía, y que á cada momento parecía amenazarlo con aplastarlo bajo su inmensa mole.

—Pero hijo, le objetaba don Rafael, tu no estás en estado de emprender viaje. Espera á reponerte un poco y entónces nos pondremos en camino.

—No, papá, es necesario que nos vayamos cuanto ántes, porque lo que me aniquila es este calor, esta falta de circulacion del aire encerrado entre estos

cerros. Estoy seguro de que en Montevideo acabaré de mejorarme, porque ya vé usted que he mejorado mucho, ya no me dán aquellos accesos de tos que tanto me molestaban. Lo único que tengo es esta flacura de que me repondré inmediatamente cuando llegue allá, porque aquí no puedo comer: la carne es detestable, la leche es aguachirle, y hasta las legumbres son insulsas. Y luego, este calor que me debilita haciéndome traspirar todo el dia y toda la noche.... Si, papá; resueltamente nos vamos.

El pobre Alberto quería atribuir á todo lo que lo rodeaba la debilidad que lo aniquilaba, sin sospechar que la causa de todo estaba dentro de él mismo. Su repugnancia á toda alimentacion era invisible. Rechazaba todos los platos que le presentaban, y no queriendo convencerse de su inapetencia, ideaba manjares que segun él comería con gusto. Don Rafael no omitía diligencia ni gastos para conseguirlo en el acto, pero cuando le presentaban al enfermo lo que había pedido, lo rechazaba con repugnancia, irritado, con la misma repugnancia con que el hidrófobo rechaza el agua que pide á gritos.

A fines de Setiembre, ya no pudo don Rafael contrarestar el empeño que Alberto hacía por volver. El regreso era en él una idea fija, tema de todas sus couversaciones, sobre todo por la tarde, hora en que la fiebre le daba alguna energía y le hacía hablar con exitacion, descargando toda su irascibilidad sobre el desgraciado anciano, á quien inculpaba por detenerlo allí á pesar de lo mal que le sentaba aquel clima.

Un dia, despues de almorzar, don Rafael, que había

quedado en la casa escribiendo algunas cartas, salió al rato en busca de Alberto que debía estar en el jardin. Pero por más que lo llamó y buscó no pudo dar con él. El pobre padre se desesperaba sin saber á que atribuir aquella ausencia, é hizo registrar minuciosamente todos los alrededores, pero sin resultado.

A las cinco de la tarde volvió Alberto, rendido por la fatiga, pudiendo apénas respirar. A las preguntas que don Rafael le hizo solo le contestó haciéndole señas con la mano de que esperase: no podia hablar. Por la noche esplicó su conducta. Había ido á la ciudad en tramway y preguntando de un lado á otro había averiguado que dos dias despues partiría un vapor para el Rio de la Plata.

—Vámonos, papá; yo no puedo estar aquí, y hasta temo que voy á enfermarme sériamente si permanezco aquí ocho dias más. Quiero sorprenderla á Cristina, pero voy á estar de incógnito algunos dias para engrosar un poco, porque si me vé así, le voy á parecer muy feo.

Nuevamente consultó don Rafael á los médicos, y estos aconsejaron el viaje, con esa condescendencia que siempre tienen ellos para con los enfermos deshauciados. Aquellos dos dias los pasó Alberto con cierta animacion, preocupado de sus preparativos, y forjándose mil ilusiones. La víspera de la partida fué al Jardin Botánico como á darle la despedida, y con las veleidades propias de su enfermedad, lo volvió á encontrar espléndido. Hasta sentía cierta tristeza en abandonar aquel sítio encantador. Lo recorrió en una gran extension y se detuvo en uno de sus

rincones más pintorescos y poéticos. Sobre un lecho de arena blanquísima, corría un hilo de agua cristalina, en cuya superficie se retrataba el delicado follaje de los bambúes, que en apretados mazos crecían en aquel sitio. Alberto se entretuvo en leer las inscripciones que los visitantes habían grabado en la lustrosa corteza de aquellos cañaverales, y sonreía tristemente al ver las ingénuas declaraciones que algunos enamorados habían confiado á las plantas, que las susurraban á la brisa que jugueteaba entre sus flexibles ramas. Aquello era un idilio de la naturaleza. Los bambúes alineados á una y otra banda del arroyuelo, entretenían arriba sus sútiles varillas vestidas con hojas delicadas, formando una nave de verdura por entre cuyas grietas filtraba el sol agujas de luz que capitoneaban la arena con tachuelas de oro.

Todo era vida y exhuberancia en aquellos contornos. Millares de insectos con alas esmaltadas de azul y verde revoloteaban entre las plantas con sus zumbidos metálicos, brillando con fúlgidos reflejos al cruzar por un rayo de sol, y apagándose al penetrar nuevamente en la sombra. Pájaros de matizado plumaje acudían al reparo de los bambúes y se bañaban agitando las alas dentro del agua, mientras otros, ocultos dentro del follaje, gorgeaban sus canciones alegres.

Alberto se alejó lentamente de aquel sitio, como contrariado de ver tanta vida, tanta lozanía que parecía enrostrarle su aniquilamiento. El mismo se sentía raquítico en medio de aquella pompa, de aquel lujo,

de sávia y de robustez que la naturaleza derrochaba en torno de su cuerpo macilento, como haciendo escarnio de su miseria.

Dominado por esta idea, y delirante por la fiebre, llegó un momento en que se imaginó que todas aquellas plantas tenían movimiento y accion, avanzaban todas hácia él, haciendo chasquear sus ramas para expulsarlo como á un leproso cuya vista repugnase á los moradores de aquel palacio de la naturaleza. Sentía que los bambúes le cruzaban el rostro con sus flexibles tallos, y creía ver que hasta las altas palmeras se doblaban como enormes látigos haciendo resonar con chasquidos de fusta las cintas de sus verdes penachos.

Al dia siguiente Alberto no tenía fuerzas para levantarse de la cama. Había en su ánimo un desfallecimiento completo, y en su postracion se sentía hasta hastiado de vivir. Más tarde, reaccionó; la idea del viaje volvió á reanimarlo, y con febril impaciencia exijió á don Rafael que no demorase un dia más la partida. A la mañana siguiente debía zarpar el vapor, y no había tiempo que perder.

El pobre don Rafael salió á activar los preparativos del viaje, y Alberto quedó solo, sin atreverse á salir al jardin, dominado todavía por el delirio de la víspera en que llegó á creer que hasta la naturaleza hacia mofa de su raquitismo. Odiaba aquella vegetacion que le robaba la vida, quitándole hasta la naturaleza que él necesitaba para sus pulmones y atribuía á la malignidad del clima aquella postracion que lo invadía.

En su delirio, veía á Montevideo con sus casas blancas, con sus horizontes extensos, todo aseado, todo elegante, pobladas sus calles de mujeres hermosas y esbeltas; y entregado á estos ensueños lo encontró don Rafael á su regreso, vagando por sus lábios anémicos una sonrisa triste.

Estaba Alberto en la sala, sentado en un cómodo sillon de paja, con la cabeza hundida entre una almohada de plumas, reclinada contra el respaldo; sobre los brazos del sillon tenía estirados los suyos, y sus manos colgaban pálidas, descarnadas, como una armazon de huesos sujetos por el pellejo. La mirada tenía un brillo intenso por momentos, pero en seguida caían nuevamente los párpados, como si estuvieran gastados sus resortes.

—Ánimo, amigo, dijo don Rafael con cierta jovialidad como para reavivar al enfermo; que ya está todo pronto, y mañana nos pondremos en marcha sin falta ninguna. Parece, hijo, que te causa pena dejar estos sitios que tanto te fastidian, segun dices tú á cada momento. Vaya! no te amilanes, que dentro de cuatro dias ya estarás en Montevideo, y podrás ver á tu Cristina que creo que es lo que te preocupa constantemente.

Alberto sonrió tristemente, pero no contestó. Estaba como distraído, y parecía no prestar atencion á lo que le hablaban. Por lo demás, parecía más tranquilo que de costumbre. La respiracion era ménos fatigosa y no lo molestaba la tos.

—¿Sabes papá, dijo por fin, que tengo un antojo?

—Pues dilo, hijo, que si en mi mano está el complacerte, puedes darlo por conseguido.

—Pues se me ha ocurrido nada ménos que ir á algun teatro esta noche.

—Permíteme que te diga que eso es una insensatez.

—No; no me sentará mal. Por el contrario me distraerá, y sobre todo, será una vergüenza que cuando esté en Montevideo no sepa qué contestar cuando me pregunten como son los teatros de esta ciudad en que he permanecido tres meses.

—Pero te sientes tú con fuerzas para ir?

—En este momento no, por que estoy muy cansado, pero luego estaré mucho mejor. Yo no sé lo que siento hoy; tengo un desfallecimiento que no sé como explicar, porque ni he caminado, ni me he agitado, y sin embargo estoy rendido de cansancio. Yo creo que ha de ser el calor.

—Pero la tarde está más bien fresca, Alberto.

—Pues yo me sofoco. Es que usted es viejo y tiene horchata en las venas en lugar de sangre, pero yo me quemo. Sin moverme, vea come me corre el sudor por por la frente. Esto es lo que me debilita.

—Bueno, hijo, no hables tanto porque te fatigas.

—No; esta fatiga me viene del calor tambien. Yo sufro espantosamente con el calor, y nunca he sentido tanto como hoy. Felizmente... mañana... pobre Cristina.....

Don Rafael estaba vuelto de espaldas arreglando sobre la mesa algunos papeles, y al notar que Alberse había interrumpido, le dijo, sin volverse.

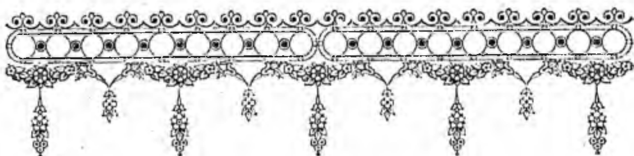
—¿Y? ¿qué hay ahora con Cristina?

Y como no le contestase, se dirijió al sillon del enfermo, y al verlo cayó anonado sobre un sofá, cubriéndose la cara con las manos y sollozando: Hijo mio! hijo mio!

Alberto Conde seguía sentado en el sillon con los brazos caídos, la cabeza sobre el hombro, y los ojos entornados. Por entre los lábios pálidos caía de su boca un hilo de sangre negra que manchaba el cuello de su camisa.

Estaba muerto!.....





VI

Cuando don Rafael volvió de Rio Janeiro con el corazon despedazado, dejando allá los restos del único sér cuyo cariño lo ataba á la vida, buscó en Cristina un refugio para su dolor, viendo en ella la proyeccion viviente del recuerdo de su hijo. Pero no encontró en ella lo que esperaba, aquella efusion de dolor, aquel manantial de lágrimas en que el anciano deseaba verter las suyas, esa reciprocidad de sentimientos que es el único linitivo de la afliccion. Nada de eso encontró don Rafael.

Cristina estaba transformada. Parecía agena á todo y á todos los que la rodeaban con solícito afan tratando de consolarla. Recibió con cierta apatía al padre de Alberto, como si su presencia viniese á perturbar la tranquilidad de su recogimiento, y ni una pregunta le dirijió relativa á los últimos momentos de su amante.

Todos en la casa parecían abatidos como si presintiesen una nueva desgracia. Solo Cristina mostraba una tranquilidad impasible que se revelaba hasta en

sus facciones, ántes tan animadas, y ahora quietas, mudas, severas, los ojos bajos, los lábios plegados, y cruzadas las manos de una blancura transparente, que resaltaban sabre el regazo negro opaco de su fúnebre traje de lana.

No era esta quietud el abatimiento que postra á los que sufren despues de haber llorado mucho, ese anonadamiento en que queda el sistema nervioso trás de violentas sacudidas, sinó una resignacion tranquila, meditabunda, reconcentrada é indiferente á todo.

Cuando supo la noticia de la muerte de Alberto, comunicada por sus padres con todo género de precauciones, el dolor no hizo en Cristina la explosion que temían. Levantó los ojos al cielo, corrieron por sus mejillas dos lágrimas silenciosas, y pidió que la dejasen sola.

Aquella tranquilidad afectó á sus padres mucho más que los espasmos de dolor que ellos presentian, y doblemente preocupados quedaron al saber por su otra hija que tenia el cuarto vecino al de Cristina, que ésta no había alterado en nada sus hábitos, y continuaba entregada á sus rezos y contemplaciones místicas sin mayores demostraciones de dolor.

A los pocos dias pidió que llamasen á su confesor, un anciano sacerdote á quien conocía desde que estuvo en el colegio de las Hermanas. Vacilaron sus padres en acceder á aquel extraño pedido, pero insistió ella con resolucion, y no sabiendo ya que objetarle, determinaron complacerla.

Lo que pasó en la entrevista de Cristina con su

confesor, quedó encerrado entre los misterios de aquel cuarto, pero algo grave debió ser, porque el sacerdote, antes de retirarse, pidió hablar con el padre de la jóven.

Era el sacerdote un hombre de peso, conocedor de los secretos de la vida, y creyó de su deber no hacer al padre de Cristina un misterio de lo que ella le había manfestado. El anciano quedó aterrado al oír la revelacion del sacerdote, y permaneció en silencio por largo rato con la mirada fija en el suelo, como queriendo precisar la enormidad de la desgracia que lo amenazaba. .

Al cabo de algunos minutos rompió el silencio:

—Pero ¿cree usted que sea esa una resolucion firme en Cristina?

—Tal parece, contestó el sacerdote, segun la tranquilidad y conviccion con que ella me ha hablado.

—Le ha dicho á usted que contaba con mi consentimiento?

—No me lo ha precisado, pero me ha dado á entender que no teme que usted se lo niege, una vez que usted se convenza de que esa determinacion será su único consuelo.

—Pero ¿será posible que ésa niña quiera abandonar así á sus padres que se miran en ella, llevada de un capricho?

—No lo tome usted tan á pecho, pues es de esperarse que eso sea un arranque del momento, pero despues la reflexion la hará desistir...

—No lo crea usted así.—En Cristina esa resolu-

cion no es un arrebato porque hace tiempo ya que viene ajustando su proyecto. Lleva ya tres meses de noviciado, y yo he debido estar ciego el no darme cuenta de lo que tanto la preocupaba. Mi hija monja...! No, no puede ser, no quiero que sea. Y usted me ayudará, señor, á disuadirla. Si su autoridad de confesor ha de influir en ella poderosamente para hacerla desistir de esa resolucion, y juntos los dos hemos de lograr que vuelva al cariño de sus padres.

El sacerdote no contestó. Se puso de pié como dando por terminada la entrevista, y estiró la mano al anciano, quien se la estrechó fuertemente como sellando el pacto de ayuda que de él esperaba.

Desde ese momento, la casa de los señores Peña pareció que estaba de duelo. Ya no hubo fiestas, ni recibos, ni se tocaba el piano, ni se abrían los balcones. La noticia de la resolucion de Cristina de entrar al Convento cundió rápidamente, y fué un dia triste para las numerosas relaciones de la familia que conocían el acendrado cariño que los padres profesaban á aquella niña.

Pero no faltó quien se alegrase. Las parroquianas de novenas y rosarios se restregaban las manos de gozo, é invadieron la casa de Peña asediando á Cristina para que persistiera en su propósito. Entraban como sombras por el vestíbulo rebujadas en sus mantos y se dirijían á la alcoba de la niña sin saludar siquiera á las otras personas de la casa, como si la aspirante fuese ya cosa suya de la cual pudiesen disponer á su antojo.

El cuarto estaba convertido en locutorio. Las beatas chuchibeaban allí de todo, exaltaban la devocion de Cristina, hacian alarde de envidiarle su felicidad y llegaron hasta hablar en contra del padre que se oponía á la dicha de su hija.

Cristina no tomaba parte en estos conciliábulos, pero oía sin protestar, todo lo que de sus padres decían aquellas arpías devotas. Las murmuraciones solo se interrumpían para rezar rosarios ó hacer alguna otra devocion, volvían á comenzar de nuevo con más fúria, maldiciendo de todos los que encontraban mal que Cristina abandonase á sus padres en la ancianidad.

Todas las tentativas de las amigas y personas respetables allegadas á la casa, por hablar con Cristina, se estrellaban ante aquella muralla de beatas que se turnaban para no dejarla sola ni un momento. No había medio de desalojarlas de sus posiciones.

Si una amiga entraba al cuarto, las beatas le ponían una cara de baqueta y rodeaban á Cristina como para defenderla de un enemigo.

Su pobre padre estaba volado con aquella invasion que poco á poco se posesionaba de su casa, y lo arrinconaba á él el dueño, alejándolo de su hija, sobre quien nadie más que él tenía derecho. Era un hombre de carácter suave de costumbre, pero á veces se exaltaba lleno de bríos y de energía, y en esos momentos no sabía dominarse.

El asédio de las beatas sobre Cristina, lo traía exasperado, y tenía que violentarse mucho para no

dar rienda suelta á los acontecimientos que fomentaba en él desde tiempo atrás. Por fin llegó un dia en que no pudo contenerse.

Paseábase el señor Peña en el vestíbulo de su casa, cuando vió subir un grupo de mujeres rebozadas en sus mantos, y capitaneadas por un fraile salesiano, gordo y macizo, que esgrimía un paragua á guisa de espada. Iba á pasar la comitiva por frente al señor Peña sin saludarlo siquiera, cuando el anciano se cuadró frente á los invasores y con tono imperioso dijo:

—Alto! ¿Dónde ván ustedes?

—Veníamos á ver á la señorita Cristina, contestó el fraile.

—¿Y con qué derecho vienen ustedes á ver á la señorita Cristina, sin pedirme autorizacion? ¿Creen ustedes que esta casa es una posada donde cada habitante puede recibir las visitas que se le antoje? ¿No saben ustedes que Cristina es mi hija, y sin mi consentimiento nadie puede verla?

—Hereje! resongó una beata, pero no tan despacio que el señor Peña no la oyese, y acabándosele ya la paciencia apostrofó al grupo.

—Fuera! fuera de aquí inmediatamente! Las herejes y las malvadas son ustedes que han trastornado á mi pobre hija para robármela. Fuera de aquí! repito, y no me obliguen á hacerlas echar por los sivientes, mujeres araganas y mal entretenidas, que ocupan sus ócios en maldecir de todo, sin respetar siquiera las canas y los sentimientos de un padre.

—Pero yo soy el guía espiritual de la señorita... balbuceó el fraile haciendo ademan de adelantar.

Nunca lo hubiera dicho. El señor Peña, volviéndose con violencia, la tomó de una manga del hábito, y sacudiéndosela con fuerza, le gritó todo exaltado:

—Usted es el primero que vá á salir de aquí, y cuidado como me vuelva usted á poner los piés en mi casa, sonsacador y pedigüeño, que aprovecha de la desgracia de mi hija para sacarle crecidas limosnas todos los dias. Fuera de aquí, y vaya padre á asearse un poco en vez de venir á sembrar zizaña entre padres é hijos.

Los intrusos se retiraron murmurando por las escaleras, y el señor Peña, despues de desahogarse con aquella invasion que lo exasperaba, quedó como postrado, meditando sobre la situacion que le creaba la determinacion de Cristina. Esta lo mandó llamar más tarde, y le habló sobre la escena de la mañana de que ya habia tenido noticias. La explicacion fué dolorosísima para el señor Peña, que se vió censurado por su hija á causa de la expulsion de las beatas.

—Es que quieren robarte á mi cariño, hija querida, decía el anciano casi llorando.

—No, papá, nadie quiere robarme. Yo soy la que voluntariamente quiero dedicarme á Dios, y esas pobres mujeres no hacen más que robustecer mi fé para que las tentaciones del mundo no me aparten del buen camino.

—Ah! ¿con qué crees tú que el buen camino es abandonar á tus padres en la vejez para ir á encerrar-

te donde para nada sirves? ¿Qué religion es esa que te enseña á faltar á tus deberes de hija? No es esa la religion que tu madre y yo te hemos enseñado, ni es la que puede ser grata á Dios.

Cristina no contestaba nada á estos razonamientos y trataba de cortarlos como si la contrariasen. Su resolucion de hacerse monja era más empecinamiento que conviccion, y por eso quería eludír toda esplicacion que pudiese quebrantar su voluntad. De ahí la contrariedad que le causaba todo contacto con su familia, llegando en su desvío hasta alejarse de la madre, que era sin embargo la ménos que le hablaba de su determinacion, sin ser por eso la que ménos sentía.

Las hostilidades contra el señor Peña recrudecieron con la expulsion de las beatas. Espiaban sus salidas, y desde que sabían que no estaba en la casa, todas aquelllas devotas harpías se pasaban la voz é invadían el cuarto de Cristina, llenándole la cabeza de chismes y embustes contra su padre, á quien acusaban de mason, y pintaban poco ménos que poseído del demonio. No tardó la impresionable niña en prestar oídos á aquellas murmuraciones, y sin quererlo quizás, fué alistándose en las filas de las que combatían el señor Peña.

Aquella guerra siguió sin descanso, recrudeciendo por dias. El señor Peña llegó á convencerse de que su autoridad paternal estaba quebrada para con Cristina, que resueltamente había manifestado que con ó sin su consentimiento, llevaría á cabo su determinacion.

En tal situacion, el anciano apeló como supremo recurso á la influencia del confesor de Cristina, sacerdote de quien tenía el mejor concepto. Lo mandó llamar y le esplicó lo que pasaba. El sacerdote oyó al señor Peña sin desplegar los lábios, y en seguida fué al cuarto de Cristina, donde permaneció largo rato.

El señor Peña entretanto se paseaba en los corredores, nervioso é inquieto, como el padre que espera el pronóstico de una junta de médicos sobre la enfermedad de su hijo.

Cuando el sacerdote salió, el padre de Cristina lo llevó á la sala, lleno de ansiedad le preguntó:

—¿Y.... ? ha cedido á sus consejos?

El sacerdote levantó los ojos al techo, y con la más humilde resignacion contestó:

—Cúmplase la voluntad de Dios......!

—¿Qué quiere usted decir? ¿Es posible que no haya usted logrado convencer á esa niña de que no debe abandonar á sus padres?

—Mi mision no me permite oponer á los mandatos de la providencia, y por el contrario, tengo el deber de contribuir á robustecer los sentimientos piadosos de esa niña....

El señor Peña no lo dejó concluir. Con un gesto dió por terminada la entrevista, y cuando quedó solo se dejó caer sobre el sofá, permaneciendo con la cabeza entre las manos durante largo rato.

Al dia siguiente cayó en cama, gravemente postrado por una afeccion orgánica cuyos primeros síntomas había experimentado hacía ya algun tiempo, pero que

entónces se manifestaba ya muy desarrollada, debido á los disgustos que sufria desde que Cristina tomó resolucion de hacerse monja.

Poco afectó á Cristina la noticia de la enfermedad de su padre. En aquel estado de atonía en que estaba parecía que nada la preocupaba sino la realizacion de sus propósitos, y todo lo que con ellos no se relacionase, le era completamente indiferente. Entraba dos veces por dia en la alcoba de su padre enfermo á informarse de su salud, y se retiraba en seguida á su cuarto, ajena á todo lo que pasaba. El señor Peña la llamaba á su lado cuando iba á verlo, la hacía sentar en su cama, y tomándole una mano la retenía por algun tiempo entre las suyas, mirando fijamente á Cristina. Pero ella no lo miraba; permanecía con la vista baja, muda y apática, sin hacer una caricia al anciano, como si al estar allí fuese para ella el cumplimiento de un deber enojoso.

Las beatas, libres ya de las vigilancias del señor Peña, se habían posesionado del cuarto de Cristina, convertido en centro de sus conciliábulos.

Aquella enfermedad era para ellas un castigo del cielo por haberse el anciano opuesto á que la niña se dedicase á Dios. Primero se decía esto entre ellas, pero poco á poco, y valiándose de rodeos, se lo hicieron comprender á Cristina, y hasta hablaban de ello sin reparo.

Un dia, una de las beatas llegó á decir que la muerte del señor Peña sería una felicidad, porque así no tendría ya la devota quien se opusiese á sus pia-

dosas inclinaciones. Cristina al oir aquella iniquidad, lloró como hacía mucho tiempo no lloraba, despertándose en ella, á la idea de la muerte de su padre el cariño que antes tenía.

La beata comprendió que había ido demasiado léjos, y temiendo una reacion, empezó á dar vuelta á sus palabras hasta dulcificarlas y darles otro sentido. Ella no había dicho que desease la muerte del señor Peña, sinó que en caso de que esa desgracia acaeciese se creería que Dios había intervenido con su sagrada voluntad para dar acceso hasta él á la que buscaba su su gracia.

Entretanto, el mal del señor Peña se agravaba por dias, y el anciano sufria dolores agudísimos al corazon, que era el órgano afectado. Su esposa y sus hijas lo acompañaban dia y noche, pero él en sus lamentos, solo tenía palabras para Cristina; para aquella hija que tanto había querido, y que lo abandonaba en sus sufrimientos, despues de haberlo herido mortalmente.

Partía al alma oír aquellas quejas del anciano moribundo, que hacían llorar á todos los circunstantes.

—Me muero! me muero! decía una mañana abrazando á Cristina que había entrado á saludarlo. Y eres tú hija querida, la que me mata. No te apartes de mí, no me abandones, desiste de ese propósito absurdo, y yo volveré á la vida, porque lo que me la quita es esa opresion que me dá la idea de perderte.

—Es necesario resignarse ante la voluntad de Dios, contestó Cristina con voz grave.

—Pero ¿qué Dios es ese tuyo que aparta á los hijos de los padres? exclamó el señor Peña con angustia. No, no quiero que me abandones; tu no me dejarás solo....

La esposa y las otras hijas lloraban amargamente en presencia de aquella escena, y sobre todo al ver que el pobre enfermo solo tenía palabras de cariño para la única que se alejaba de él.

Y la misma escena se repetía todo los dias, y cada dia quedaba el señor Peña más postrado, reagravada la enfermedad con aquella lucha entre el cariño de un padre y el desvío de una hija predilecta que había sido el encanto de su vejez y que el fanatismo le robaba para sepultarla en la estéril soledad del cláustro.

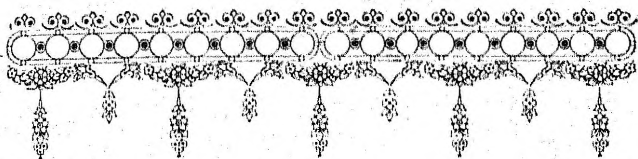
—Preferiría verte muerta, le decía el anciano, antes que monja, porque muerta me quedaría siquiera el recuerdo de tu cariño, miéntras que monja solo veré la prueba de tu egoísmo, de tu ingratitud para los que solo han sabido quererte.

....

Ocho días despues moría el señor Peña en medio de horribles sufrimientos.

Cristina hizo su duelo aparte, en la soledad de su cuarto, sin participar en nada de las lágrimas de su madre y hermanas.

Dos semanas despues activaba ya sus preparativos para irse al convento, y antes de dos meses entraba ya como novicia; rompiendo así todos los vínculos que la ligaban á la sociedad.



VII

La novicia se encontró bien en su nuevo alojamiento, retraída en la soledad que tanto anhelaba y que no había encontrado en su casa, rodeada siempre de los cuidados de su familia.

Satisfecha la curiosidad de las monjas despues del primer dia de la entrada de Cristina en el Convento, la dejaron sola, entregada á sus cavilaciones. Encerrada en la celda que le habían destinado, se pasaba horas tras horas mirando el retrato de Alberto Conde, único objeto que había llevado consigo, y que guardaba oculto como un tesoro, temorosa de que sus compañeras de reclusion lo descubriesen.

A los pocos dias recibió la visita de su madre y hermanas en el locutorio, separada de ellas por una doble reja, á través de cuyas barras apenas pasaba la mano.

Al ver á Cristina, la madre se precipitó á la reja ansiosa de besarla y abrazarla, pero retrocedió ante aquel obstáculo material, y ante la apatía de su hija,

que se presentó fria, severa, acompañada de una monja á quien llamaba madre.

Ni una expansion, ni un cariño, ni un arranque manifestó la novicia á la vista de su madre y hermanas. Estas lloraban silenciosamente, mientras la madre con el rostro pegado á la reja, contemplaba á su hija acariciándola con los ojos, ya que no podía estrecharla entre sus brazos. Y acentuaba más la tirantez de aquella escena la presencia de la monja que acompañaba á Cristina, y á quien la señora de Peña miraba ya con celos, desde que había oído que compartía con ella el título de madre, á que solo ella tenía derecho.

—¿Te encuentras bien, hija mia? preguntaba la pobre señora con los ojos bañados en lágrimas.

—Sí, señora, contestó Cristina sin levantar la vista.

—Sí, está muy bien, dijo la monja entrometiéndose en la conversacion. No extraña nada y al momento se ha puesto al corriente de sus obligaciones. Poco á poco la hemos de ir haciendo olvidar esa tristeza con que vino del mundo.

Efectivamente, Cristina parecía tranquila, y nada en ella revelaba la tristeza de la separacion. A las lágrimas de sus hermanas y á las ansiedades de la madre solo oponía una dulce resignacion, pidiéndoles que se consolasen con verla dichosa, ya que para ella no había más felicidad en la tierra.

Siempre que se repetían las visitas de la familia de Cristina al convento, se renovaba la misma esce-

na, sin que la madre pudiera dar expansion á sus sentimientos, cortada siempre por la presencia de la monja *escucha*, á quien la novicia pedía permiso para dar la mano á su madre á través de la reja.

Cristina no parecía encontrarse bien allí, á pesar de lo que ella aseguraba. La palidez de su rostro tomaba el tinte y la trasparencia de la cera, y ahondada por la flacura las concavidades de los ojos, aparecían estos enormes, sombreados por anchas ojeras azuladas que acentuaban la demacracion del semblante. La señora de Peña, alarmada con aquellas señales de sufrimiento, interrogó á la Madre Superiora sobre el estado de su hija, á lo que la monja contestó que aquello no debía sorprenderla porque la niña había ido allí muy triste, y naturalmente debía eso influir en su físico, pero que no tardaría en reponerse una vez que se familiarizase con su nuevo método de vida.

Cristina segun todas las prácticas religiosas de las monjas, y poco á poco fué tomando parte en todos sus hábitos. Contrarióla mucho el tener que concurrir todos los días durante tres horas á la sala comun donde se reunían las monjas para coser y conversar. Ella deseaba estar sola, y la mortificaba aquella sociedad en que no solo se hablaba de los santos y de las novenas, sino tambien de asuntos más terrenales salpimentados con interminables comentarios en los que no siempre campeaban los más benévolos sentimientos. Pobres monjas! encerradas allí en su retiro seguían con ávida curiosidad todo lo que pasaba en

la sociedad, recogiendo en el locutorio los rumores que les llevaban sus parientas y amigas.

Cristina no tomaba parte jamás en aquellas conversaciones, á pesar de que las otras la interpelaban considerándola más al corriente de lo que pasaba por ser la última que había estado en contacto con la sociedad. Para la novicia, aquellas hablillas eran una decepcion. Ella había creído que el convento era un retiro inviolable donde nunca penetraban los ruidos de fuera, y en vez de aquella soledad que había buscado, encontraba un centro activo en que se agitaban las pasiones de que ella trataba de alejarse para entregarse solo á la meditacion y al recuerdo de su muerto querido.

Poco faltaba ya para terminar el año de noviciado de Cristina, y su madre esperaba que penetrada ya de la esterilidad de la vida á que había querido consagrarse, desistiría de su resolucion y volvería al hogar. Fortalecía esta esperanza de la señora de Peña la circunstancia de que Cristina no tenía dote, lo que imposibilitaría su profesion. Un dia se atrevió á hablar de esta á su hija, peró á las primeras palabras la *escucha* se sublevó: y llamó á la Madre Superiora acusando á la señora de Peña de que pretendía distraer á su hija de la piadosa vocacion que la había llevado á aquel retiro.

Cristina permanecía muda en estas escenas con los ojos bajos, como si se tratase de algo que nada tenía que ver con ella. Respecto al inconveniente material que hizo la señora Peña sobre falta de dote, contes-

tó la Madre Superiora que eso no estorbaba en nada la toma de velo, porque Cristina profesaría como *monja doméstica*, es decir, destinada al servicio de la casa como había otras que por igual razon no salian nunca del estado servil hasta que entregase la cantidad de dinero exigido por la órden.

Para con Cristina, fueron inútiles todos los ruegos de su madre y hermanas. Estaba decidida á permanecer en el convento en cualquier condicion, y de ninguna manera consentiría en nada que se ostase á aquella resolucion. Ante esa obstinacion, la señora de Peña se vió obligada á hacer un nuevo sacrificio. Su posicion de fortuna no era ni con mucho holgada. Vivía con estrechez de una escasa renta que apenas llegaba á cubrir las necesidades de una familia que sostenía cierto rango; pero ánte la idea de que Cristina iba á ser relegada á la categoría de sirviente por cuestion de algunos miles de pesos, no titubeó en sacrificar una parte de su escaso caudal para dotar á su hija. Vendió una casa y aplicó el producto á la dote de Cristina sin que ella lo supiese. La familia de Peña, privada de aquella fuente de renta, descendió á más modesta esfera de vida y se alejó de la sociedad, no pudiendo ya sostener el rango en que hasta entónces se había mantenido.

Se acercaba el dia de la toma del velo, y el nombre de Cristina volvió á ser tema de todas las conversaciones. A pesar de lo que todas la querian, y la la rodeaba el interés de sus desgraciados amores, su proceder era censurado por todos los que conocian

las intimidades de la familia de Peña: la enfermedad del padre y su muerte, causada por el abandono de de su hija predilecta; las angustias de la madre y el sacrificio hecho para dotar á la monja; todo esto, y mucho más, se comentaba en las reuniones, y se inculpaba á Cristina por su conducta.

Pero no por eso dejaba nadie de aprestarse para asistir á la toma de velo, ceremonia que se iba á verificar dentro de pocos dias, y para la cual se preparaba Cristina con firme resolucion, sin que el remordimiento mortificase ni por un momento su conciencia. Poco influia en su determinacion el fervor religioso, porque la neurósis mística que la afectaba, era una manifestacion de su amor á Alberto, que conservaba como un culto en su alma, y cuyo recuerdo mezclaba ella en sus oraciones.

Su imágen predilecta era el retrato de su nóvio que llevaba siempre consigo, y contemplaba en éxtasis durante sus horas de retiro, hablándole, comunicándole todos sus sentimientos, como á un confidente íntimo para quien ella no tenía secretos.

Las monjas entretanto preparaban la casilla para la fiesta, adornando los altares y deteniéndose en prolijos detalles de coquetería y ornamento para dar mayor realce á la ceremonia. El pequeño templo era un campo de maniobras en que todas trabajaban á una, cerradas las puertas para evitar todo contacto profano. Con esa prolijidad propia de las mujeres, arreglaban todo con gracia, armonizando los colores, plegando las telas con elegancia, y ataviando las

con cierta coqueteria mundana, como desahogando en los santos las naturales inclinaciones que la severidad de las reglas monásticas no permite en sus trajes.

Llegó el dia de la toma del velo. La capilla resplandecía de luces y de dorados hasta la bóveda; centenares de señoras y niños se apiñaban en la nave, dirijiendo sus miradas hácia el coro, situado á la izquierda del altar mayor, cubierto todavía con espesas cortinas que no permitian ver nada de lo que pasaba dentro.

De repente se corrió el cortinado, y apareció tras de las rejas Cristina Peña, vestida de nóvia, con un lujoso traje de seda blanco adornado de encajes, ceñida la cabeza con una corona de azahares, y cubierta con un diáfano velo de tul, á través de cuyas sútiles mallas resplandecían los brillantes de las alhajas que la adornaban. Cristina estaba pálida y grave, con los ojos bajos, rodeada de las otras monjas cubiertas con un tupido velo negro, y llevando cada una en la mano un cirio endendido.

Las curiosas se agolpaban sobre la reja, estrujándose para ver de cerca á aquella niña que había cruzado como un meteoro por el mundo, brillando un instante para extinguirse despues en la soledad del claustro.

Junto á la reja, la señora de Peña y sus hijas presenciaban la ceremonia. Hubiera la pobre madre deseado no estar presente en aquel acto que era para ella como el desenlace trágico de una série de sufri-

mientos, pero Cristina le rogó que la acompañase en su desposorio místico, como la hubiera acompañado en su casamiento con Alberto.

Empezó la ceremonia. El órgano preludió sonoros acordes acompañando el canto de los sacerdotes y del coro, llenando todos los ámbitos de la nave con écos armoniosos, miéntras los turiferarios hamacaban los incensarios que despedian nubes de humo azulado, que subian hasta la bóveda coloreándose de distintos matices al pasar por los rayos de sol que entraban por las pintadas vidrieras de las ventanas.

Cristina estaba como en éxtasis. Su rostro pálido al presentarse, se había teñido levemente de rosa, sus ojos levantados al cielo, brillaban con dulce arrobamiento, y dibujaban sus lábios una sonrisa vaga, como inconciente manifestacion externa de un gozo íntimo.

La pobre niña soñaba en aquel momento. Por una alucinacion fácil de explicarse en el estado en que se encontraba, creía asistir á sus desposorios con Alberto, cuyo recuerdo tomaba en aquel momento cuerpo y vida ante sus ojos, representándolo á su lado, emocionado de felicidad. Todo había desaparecido para ella: las monjas, los sacerdotes, los cantos y los altares; solo veía en torno suyo á su nóvio, á sus amigas ataviadas con lucientes trajes de baile, á sus padres y hermanas abrazándola con cariño y llorando con esas dulces lágrimas con que la felicidad se manifiesta en ciertos momentos.

El Obispo se acercó á la novicia, y ella, siempre

en su alucinacion, extendió su mano para que el sacerdote la uniese con su desposado. Pero al extenderla, tocó en la reja, y á ese golpe, despertó Cristina, y se penetró de la triste realidad que la rodeaba. Palideció súbitamente, bajó los ojos, y como si los resortes de su cuerpo se hubiesen aflojado de repente, cayó desfallecida en brazos de dos monjas que se precipitaron hácia ella al verla desplomarse como una masa inerte.

Un grito angustioso partió del templo, y gran número de las presentes se pusieron de pié para enterarse de lo que pasaba. Era la pobre madre que había lanzado aquel gemido al ver su hija desfallecida.

Pero pronto se restableció la calma. Repuesta Cristina, se acercó á la reja, y allí el Obispo la despojó de una de sus alhajas, simbolizando así la renuncia á los bienes terrenales. En seguida se alejó Cristina acompañada de dos monjas, y volvió al poco rato, cambiado su luciente traje de boda por una saya negra, y cubierta la cabeza con una toca blanca que dejaba ver la punta del cabello recien cortado.

Presente otra vez Cristina en el coro, continuó la ceremonia religiosa. Los cánticos de gloria se trocaron en plañideros salmodios; los incensarios ya no despedian nubes de perfume, ni los sacerdotes vestian las casullas recamadas de oro.

La novicia se tendió en el suelo, cubrieron las monjas su cuerpo con un manto negro que ostentaba en su centro una gran cruz plateada, y entonaron el *De Profundis*, simulando asi la muerte de Cristina

Peña para el mundo, para la sociedad, para su familia, borrado del escenario de la vida hasta su nombre.

La madre en tanto lloraba desolada como si realmente asistiese á los funerales de su hija, y toda la concurrencia parecía como embargada de una honda pena en presencia de aquella escena.

Cuando el responso terminó, Cristina se puso de pié; estaba lívida y su semblante revelaba dolorosas emociones sufridas en aquel simulacro de la muerte. Entónces le colocaron el velo blanco que ocultaba por completo su rostro, y con esto quedó terminada la ceremonia, retirándose la profesa acompañada de las otras monjas.

La concurrencia fué saliendo del templo poco á poco, miéntras los monacillos provistos de largos apagadores, extinguían las velas del retablo y de las arañas, hasta quedar todo envuelto en una penumbra, velados los altares por las nubes de incienso y del humo que despedían los pábilos carbonizados de los cirios.

La capilla quedó vacía y silenciosa, pero junto á la reja que la separaba del convento se veían tres bultos negros, y se oían entrecortados sollozos. Eran la madre y las hermanas de Cristina que lloraban sobre aquella lápida tras de la cual yacía para siempre el sér querido.

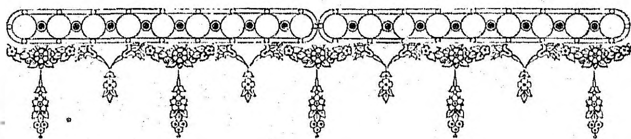
Cuando la noche invadió con sus tinieblas el templo, el sacristan tuvo que rogar á la señora Peña y sus hijas que salieran porque era hora de cerrar la iglesia.

—Mi hija! mi hija! sollozó la madre. Quiero que me devuelvan á mi Cristina!

A este grito de suprema angustia, contestó de atrás de la reja una voz de mujer:

—Cristina Peña ya no existe, pero queda para orar por todos los pecadores, Sor María de las Mercedes.





VIII

En nada alteró la vida de Cristina su profesion monástica. Alejada en lo posible de sus compañeras de reclusion, vivia entregada á sus recuerdos, sin inmiscuirse para nada en las cuestiones internas del convento. Asistía á las prácticas religiosas, cumplía todos los preceptos de la órden, pero no intimaba con las otras monjas, á pesar de lo que ellas hacian por inspirarle confianza. Solo tenía predileccion por una novicia desterrada del mundo por las mismas causas que ella, pero no podía confiarles sus expansiones íntimas, vigiladas como estaban ámbas siempre por una tercera, que impedia toda confidencia.

Aquella vida de reclusion, entristecida por el sufrimiento moral que mortificaba á Cristina, influyó en el delicado temperamento de aquella niña, trabajado ya por dos años de contínuos sinsabores. La demacracion se acentuaba dia por dia en su pálido semblante, y ella lo comprendia asi con íntima satisfaccion, como si su sola esperanza estuviese en desatar el único vínculo que la unía al mundo: la vida.

La señora de Peña, en sus contínuas visitas al locutorio, rogaba á Cristina que se cuidase, y suplicaba á las monjas que la acompañaban, que atendiesen á su hija é influyesen para que no se abandonase en el delicado estado en que se encontraba. Pero todos los consejos y las súplicas eran inútiles. Desde que Cristina comprendió que su físico no resistiría á las privaciones que ella le imponía, hizo estudio en no perdonar medio de aniquilarse. La idea del suicidio había cruzado ya por su mente varias veces, y otras tantas la había rechazado como un atentado contra su Dios. Pero si bien rechazaba el suicidio violento, no creyó cometer delito alguno minando su existencia con sufrimientos materiales y morales, y dió en mortificarse de todas maneras.

Exajeraba los ayunos, velaba hasta altas horas de la noche, dormía vestida, y llevaba cilicios que le llagaban el cuerpo. Antes de seis meses, Sor María de las Mercedes era apénas una sombra de aquell a Cristina Peña adornada con todos los encantos de la belleza.

Labrada su existencia por el recuerdo de su desgracia y los sufrimientos que infligía á su cuerpo, languidecía rápidamente, resignada ella y hasta contenta con aquel aniquilamiento que la acercaba á la tumba de su amado.

Un dia fué la señora de Peña al convento, y Cristina no apareció en el locutorio. Alarmada la madre, rogó que le dijesen lo que tenía su hija. La monja trató de ocultarle la verdad diciéndole que Sor Mer-

cedes estaba ocupada en sus devociones, y que no podía salir; pero, la madre no se dejó engañar, y á sus reiteradas instancias no pudo la monja escusarse de contestarle que estaba enferma.

Aquí empezó una escena conmovedora. Porfiaba la madre por entrar á ver á su hija enferma, pero todo su afan se estrellaba ante las reglas del convento que no permiten dentro de su recinto á ningun profano. Profana una madre! ¿Qué es lo que puede profanar el sér más sagrado, el amor más puro, el sacrificio más sublime?

Todos estos razonamientos se hacía la señora de Peña, y se los exponía llorando á las monjas que con imperturbable calma la oían sin contestarle una sola palabra. Al dia siguiente, cuando volvió al locutorio, se presentó Crístina, desencajada, macilenta, sin fuerzas casi para hablar. Sonrió á la madre que no quitaba de ella los ojos, pegado el rostro á las rejas, y trató de tranquilizarla, diciéndole que su indisposicion del dia anterior había sido pasajera y que ya se encontraba bien. Inútiles consuelos! No era necesario ser madre para adivinar los sufrimientos de aquella niña, pintados en su rostro marchito, en sus manos descarnadas y transparentes, en el caimiento de todo su cuerpo que acusaba una postracion penosa.

Se veía que la muerte invadía lenta, pero obstinadamente aquel organismo delicado y destruída uno por uno sus tejidos, preparando un desenlace que no era difícil preveer. La señora de Peña vivía en una

contínua angustia. Veía que su hija se agostaba, y nada podía hacer por ella, cuando tenía la seguridad de que sus cuidados le devolverían la vida. Indicaba á las monjas lo que debían hacer, el alimento que habían de darle, las precauciones que sería necesario tomar, pero, todo era inútil. Aquellas pobres mujeres, encerradas en su fatalismo místico, no veían más que la mano de Dios en lo que á Cristina pasaba, y á él la encomendaban, persuadidas de que en la tierra no hay medio de contrarestar los designios de la Providencia.

Otro año trascurrió asi, avanzando siempre la enfermedad de la monja, y al cabo de ese tiempo empezó aquella á caracterizarse con los mismos síntomas de la que había llevado á Alberto Conde á la tumba. A instancias de la madre y valiéndose de influencias eclesiásticas, se consiguió que el médico de la familia de Peña viese á la enferma, en compañía del facultativo del Establecimiento.

La opinion del médico fué alarmante.—Cristina está grave, dijo; pero, su estado no es todavía de desesperar. Algunos meses de campo, una buena alimentacion y prolijos cuidados pueden hacerla restablecer.

La madre comunicó á las monjas el dictámen del facultativo, y les dijo que era necesario cumplir aquellas prescripciones inmediatamente. Las monjas contestaron que las cumplirían, que ellas estaban acostumbradas á curar enfermas, y que nada le faltaría á Cristina. La señora de Peña dijo, que ese

mismo dia queria sacar á su hija, y que en cuanto á éllas no tenían porque molestarse; pues, yendo Cristina con ella no había necesidad de más cuidados.

Pero la madre no sabía ó no recordaba lo que es un convento. Sacar á una monja! Imposible! Las reglas de la órden no lo permiten, ni lo permitirán jamás.

—Pero es que el médico ordena que salga mi hija al campo, argumentaba la madre casi suplicando.

—Aquí nadie ordena, hermana, contestóle la Superiora con sequedad, sinó los estatutos de la Institucion, y por consiguiente Sor María de las Mercedes no saldrá del convento.

—Es que si yo no la cuido, se muere la hija de mis entrañas, lloraba la pobre madre.

—Respetemos hermana, la voluntad de Díos. Sor Maria Mercedes ya no pertenece al mundo. Si el Señor la llama á sí es porque la cree digna de entrar en su reino.

—Es que yo soy su madre! gritó la señora de Peña, con acento desgarrador. Soy su madre! y no hay fuerza en el mundo que separe á la madre de la hija.

—No blasfeme, hermana, replicó la monja con calma. Sor María Mercedes no tiene más madre que Nuestra Señora Divina, y á ella únicamente debe cuenta de sus actos.

Fueron en vano todos los ruegos de la madre, é inútiles todas las influencias que se pusieron en juego para que se permitiese la salida de Cristina. Y la pobre niña seguía agravándose dia por dia sin que

ella hiciese nada por contener los avances del mal, antes bien facilitándoles el camino con privaciones y vijilias que la estenuaban. La tísis destruía aquella existencia con golpes certeros que la misma paciente no trataba de esquivar.

Cristina se veía obligada á guardar cama casi constantemente, imposibilitada de tenerse en pié por la extrema debilidad que la postraba. La señora de Peña acudía todos los días á la reja del locutorio y se pasaba allí largas horas pidiendo informes del estado de su hija. Quería saberlo todo: si había dormido, si se alimentaba, si se acordaba de ella. Las monjas contestaban con monosílabos, como si las fastidiase, la insistencia de aquella pobre madre cuyos sufrimientos no alcanzaban ellas á comprender en su egoísmo.

Cierto dia, al pedir por el torno que anunciasen su visita, le contestaron que no podían recibirla. Pidió entónces que avisasen á la Madre Superiora, y al cabo de algunos minutos volvió la tornera diciendo que no estaba visible, y que solo admitían visitas los Juéves y Domingos.

La señora de Peña quedó aterrada ante aquella negativa que la privaba hasta del consuelo de estar bajo el mismo techo que su hija enferma. Aquel dia permaneció largo tiempo junto á la puerta del convento, esperando que saliese álguien que le dijese como estaba Cristina. Pero esperó en vano; las puertas se cerraron al llegar la noche, y la madre, con el corazon traspasado de dolor, tuvo que retirarse sin saber lo que pasaba en la celda de su hija.

Desde aquel dia tuvo que resignarse á ir solo dos veces por semana á informarse de Cristina y á hablar indirectamente con ella por intermedio de las monjas. Pero ni la enferma recibía las dulces palabras de su madre empapadas en llanto como ella se las enviaba, ni la madre oía el acento querido de la hija en las contestaciones secas é indiferentes que las monjas le llevaban. Aquellas visitas eran desgarradoras para la pobre madre que sabía que su hija estaba á pocos pasos de ella, sufriendo á solas, sin un cariño, sin un consuelo que aliviase sus dolores.

Se acercaba el verano con sus vivificantes calores. Cristina empezó á levantarse de la cama poco á poco: se sentaba en una silla, y alejando á sus enfermeras, se extasiaba en la contemplacion del retrato de Alberto que conservaba siempre. La fiebre de la enfermedad había enardecido en ella su pasion y vivía, más que nunca entregada al recuerdo de aquel amor primero y único que había hecho palpitar su corazon de vírgen.

Al entrar un Juéves la señora de Peña en el locutorio del Convento, no pudo contener un grito de alegría al ver tras de la reja á Cristina.

—Acércate, hija mia, le decía con la más cariñosa de las entonaciones de una madre; acércate, quiero verte, quiero besarte, quiero tenerte entre mis brazos un minuto siquiera para resacirme de todo el tiempo que hace que no te veo.

Cristina sonrió tristemente, pero no se levantó de la silla en que estaba sentada; no podia. Haciendo un

esfuerzo supremo había llegado hasta alli para complacer á su madre, á cuyo cariño volvía al sentir que la vida se le escapaba, pero aquel esfuerzo la había postrado á punto de que le era imposible dar un paso.

Parecía un espectro! La enfermedad había devorado toda la carne de aquella criatura, y solo quedaba de ella el cútis amarillento y opaco pegado sobre los huesos, y los ojos negros, inmensos, hundidos en el fondo de las órbitas profundas.

Cómo sufrió la pobre madre al verla! En el primer transporte, solo había tenido presente que estaba al lado de su querida hija, pero cuando notó su aniquilamiento, cuando vió que no tenía ni aliento para dar un paso, se echó á llorar con amargas lágrimas, que en vano trataba de contener para no revelar á Cristina sus tristes presentimientos.

Al dia siguiente, la señora de Peña recibió una carta del médico del convento, en la que le decía aunque no estaba autorizado para ello, creía de su deber comunicarle que Sor María de las Mercedes estaba muy grave.

Nada más decía la carta, pero aquello bastaba y sobraba para hacer adivinar á la madre que se acercaba el triste fin que ella presagiaba. A pesar de la prohibicion de entrar al convento en otros dias que los reglamentarios, la señora de Peña acudió presurosamente á la Santa Casa, y llamó en el torno. Aquel dia no le negaron la entrada y penetró en el locutorio donde encontró la Superiora que estaba aguardándola.

—Mi hija! quiero ver á mi hija! fué lo primero que dijo al entrar.

—Resignacion, hermana! le contestó la monja.—Sor María de las Mercedes se está preparando para comparecer ante su Dios.

—Pero yo quiero verla, yo quiero estar con ella. Mi ángel no se puede morir así sin recibir un beso de la madre; sin que yo, su madre, reciba su último beso.

La monja callaba.

—Déjenme entrar, continuó la pobre señora hincada de rodillas y con las manos en ademan de súplica. Yo no la hablaré, no la distraeré de sus oraciones.... Un minuto.... un minuto nada más... Déjenme verla.... No entraré siquiera á la celda; la veré desde la puerta, pero no me nieguen ese favor, es lo único que les pido.

—No se puede, hermana, contestó la monja; es inútil todo ruego, porque aquí nadie puede entrar.

La señora de Peña seguía de rodillas, y llorando le suplicaba á la monja:

—Usted ha tenido madre tambien, y sabe cuanto la quería. Póngase en el caso de Cristina y comprenderá cuanto anhelaría su buena madre estar á su lado para consolarla.... Voy á verla ¿no es verdad?... Usted me vá á permitir entrar...

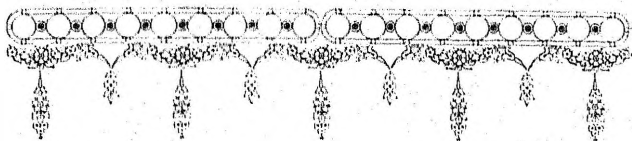
La monja había enmudecido y permanecía con la cabeza baja como para esquivar la mirada suplicante de aquella pobre madre que sólo pedia ver á su hija.

La señora de Peña persistió, instó, intentó con-

mover todas las fibras del corazon de aquella mujer, pero fué en vano.

Al llegar la noche tuvo que retirarse, compelida á ello casi hasta por la violencia. Solo cedió ante la amenaza de que no se le permitiría entrar al dia siguiente.





XIX

Aquella noche fué para la pobre madre de Cristina un largo suplicio de ansiedades y dudas. Apeló á sus relaciones á las protectoras de las monjas, y hasta la influencia de las autoridades eclesiáticas para conseguir que al dia siguiente le permitiesen entrar hasta la celda de su hija.

Todos prometieron hacer en su favor lo que pudiesen, y alucinada con aquellas promesas, pasó la señora de Peña el resto de la noche en vela, pronta para salir así que apuntase el dia.

Amaneció por fin, y la madre se echó á la calle, alentada con la triste esperanza de recojer el último beso de su hija moribunda. La madrugada era serena y risueña, llena de luz y de vida, anunciando uno de esos dias calientes de Diciembre que convidan al descanso. El sol despuntaba ya por sobre las azoteas con resplandores anaranjados como si saliese encandencido de una enorme fragua, y se esparramaba por todos lados inundando el campo, el mar y la ciudad con sus avalanchas de luz, que iban poco á poco acor-

tando las sombras que proyectaban las casas y los árboles, como enseñoreándose de todo el terreno.

La alegría se manifestaba en todas partes: en el aire rasgueado por el caprichoso vuelo de las golondrinas; en el mar, que brillaba como si una finísima malla de filagrana argentada lo cubriese; en las calles, pobladas ya de transeuntes y de ruidos. Y en medio de aquella alegría de la naturaleza, iba la señora de Peña con el corazon oprimido, saltándosele las lágrimas de los ojos, con el pensamiento fijo en aquella hija querida que estaba próxima á perder.

Cuando llegó al convento, todavía estaban cerradas las puertas. Rendida por el insomnio y la fatiga, se sentó en el umbral de aquella casa que guardaba su tesoro, y permaneció allí como una pordiosera esperando el momento en que de favor le habían de permitir entrar á acompañar á su hija moribunda.

Una hora despues se abrió la puerta, y la pobre madre se precipitó en el vestíbulo, llamó al torno, y al poco rato oyó la voz gangosa de la tornera que preguntaba: ¿Quién es?

—Soy la madre de Cristina que vengo á saber como está y á verla.

—No es hora todavía hermana, contestó la tornera.

—Es que para mi no puede haber horas, estando mi hija enferma—Tome; entregue esta carta del señor Obispo á la Superiora y estoy segura que me dejará entrar.

Alejóse la tornera y quedó la señora esperando llena de ansiedades, haciéndosele horas los minutos.

De allí á poco, sin darle contestacion, abrieron la puerta del locutorio, y encontró tras de la reja á la superiora, quien le manifestó que Cristina seguía en el mismo estado, pero que no podría verla, porque era absolutamente prohibido dar entrada al convento á las personas profanas. Invocó la señora de Peña el consentimiento escrito del Obispo, pero á eso contestó la monja que aunque respetaba mucho la autoridad del Prelado, no podía deferir á su pedido porque antes que nada estaba la regla de la órden, única ley á que ella obedecía.

Quedó anonadada la pobre madre ante aquella negativa terminante, pero sin desesperar aún de conseguir su anhelo, comenzó á suplicar, hincada de rodillas, tratando de herir las fibras del sentimiento en el corazon de aquella mujer. Pero fué todo en vano. Si la monja se enterneció ánte el llanto de la madre, no lo dejó traslucir en su semblante rijido; encuadrado en la toca negra que hacía más duras sus facciones.

—Pero es una injusticia esto! exclamaba la pobre señora, la más atroz de las injusticias, porque si algun derecho hay que nadie pueda quitar, es el derecho de madre. Mi hija no puede morir así en brazos de extraños, cuando á dos pasos de ella está su madre que reclama cumplir con sus deberes de tal, ya que para nada se toma en cuenta el cariño. No puede haber ofensa á Dios en permitir que una madre entre á la alcoba en que su hija se muere.

La pobre señora se exaltaba á medida que argu-

mentaba y en seguida, temiendo que su exaltacion enfadase á la monja, volvía á las súplicas, á las lágrimas, á la evocacion de los recuerdos que más pudieran enternecer á aquella mujer insensible al parecer.

Y entretanto las horas transcurrían. La monja se retiraba á ratos del locutorio dejando sola á la señora de Peña, que permanecía arrodillada, atenta á todos los ruidos que de adentro llegaban como esperando oir la voz de Cristina.

En la celda de la moribunda la escena no era ménos conmovedora. Cristina, en el último estado de extenuacion, yacía en el lecho, pálida como un cadáver, sin dar más señal de vida que en la mirada, fija en el techo, abiertos desmesuradamente los ojos como si quisiese ver el más allá á que iba á penetrar en breve. Un sacerdote sentado á la cabecera recitaba las oraciones de la agonía, miéntras una monja á los piés del lecho, recorría automáticamente las cuentas enormes de un rosario, cuchicheando al mismo tiempo los rezos.

Cristina, como volviendo de su contemplacion, bajó los párpados y con voz apagada murmuró:

—Quiero despedirme de mamá.

—Olvide esos recuerdos terrenales, hermana, le dijo el sacerdote en tono de amonestacion, y fije su pensamiento en Dios, ánte cuya presencia vá á comparecer.

—Quiero ver á mamá, insistió Cristina. Yo sé que está ahí, muy cerca de mí... yo quiero verla.

El sacerdote continuaba las oraciones, y la monja

seguía recorriendo su rosario, sin contestar á la enferma.

Era evidente que se acercaba la agonía. Cristina, indiferente á los rezos, parecía que soñaba despierta, iluminado su semblante con un tinte de gozo, íntimo, vagando por sus lábios lívidos una sonrisa inefable, como si alcanzase una dicha suprema. De repente, se desabrochó el hábito, metió la mano en el seno, sacó el retrato de Alberto, y pegó en él sus lábios con un prolongado beso.

Abalanzáronse sobre la moribunda el sacerdote y la monja para quitarle aquel objeto profano pero Cristina se asió de él con las manos crispadas, defendiendo aquel último recuerdo de su amado con la energía del avaro que defiende su tesoro.

La lucha era desgarradora. El sacerdote y la monja porfiaban por arrebatarle el retrato, amenazándola con todas las íras celestiales, y Cristina se resistía, apretando aquella imágen querida contra su pecho.

—Nó, no me lo quiten! gritaba en su exaltacion. Es mio, es mi Alberto, mi amor: yo no quiero separarme de él. Mátenme, pero no me arrebaten á mi querido.

Al ruido de las voces, acudieron otras monjas, y y enteradas de lo que pasaba asediaron á Cristina para que entregase aquel objeto sacrílego que profanaba la santidad del claustro. Pero la moribunda no entregaba su prenda, y se debatía luchando desesperadamente, apostrofando á las que la estrechaban en torno del lecho:

No, no me lo quiten; no me roben á Alberto! Es mio, de nadie más que mio!... Ladrones! ladrones... Madre querida!... madre querida!

La pobre madre no la oía. Prosternada en el suelo del locutorio, renovaba sus súplicas cada vez que aparecía tras de las rejas alguna monja. Notando que una de ellas se enternecía más que las otras ante sus ruegos, la asedió con sus lágrimas, implorándole que le concediese aquella única gracia de ver á su hija.

—No puedo, hermana, le contestó la monja casi en secreto, como temorosa de que otras la oyesen.

—Entonces un favor, un solo favor. Vaya á la celda de mi hija, déle un beso y dígale que se lo manda su madre, que está aquí ansiando verla; y vuelva hermana, vuelva á decirme lo que mi hija me contesta; tráigame su última palabra... se lo pido por lo que más haya querido en este mundo, por su buena madre, por sus hermanos....

La monja se retiró ocultando una lágrima que no había podido contener, y quedó la señora de Peña esperando su vuelta con anhelo, con que horas antes esperaba que le permitiesen ver á su hija.

Miéntras tanto, Cristina seguía en la lucha, defendiéndose con la energía que le daban las crispaciones de la agonía. Las monjas rezaban oraciones de desagravio por la profanacion de aquel recinto sagrado, miéntras el sacerdote, tomando la manos de la moribunda, pugnaba por desasírselas para apoderarse del objeto sacrílego. Por fin logró arrebartárselo.

Cristina se incorporó en el lecho, estendió los bra-

zos en la direccion en que llevaban á su querida reliquia y con un grito desgarrador, esclamó:

—Alberto!

Fijó la vista en el sacerdote, llevó las manos á sus sienes azuladas, y fijó violentamente sobre las almohadas sin hacer un solo movimiento.

El sacerdote se arrodilló, y dirigiéndose á las monjas que presenciaban aquel doloroso cuadro, dijo:

—Roguemos, hermanas, por el eterno descanso de Sor María de las Mercedes.

. . . .



La pobre madre espera en tanto la vuelta de la monja á quien había confiado la mision de llevar un beso á su hija, y esperaba con el corazon presa de mortales ansiedades, atisbando todos los ruidos, siguiendo con la vista todas las sombras que cruzaban por el vano de la puerta que daba al claustro, queriendo oir en aquellos ruidos y ver en aquellas sombras algo que le hablase de su Cristrina.

Oyó pasos agitados que iban y venian por el enlozado del claustro, creyó percibir un grito agudo cuyo éco repercutió en su alma, y en seguida todo quedó en silencio, en un silencio solemne como el que preside en todas las desgracias. La señora de Peña quedó reconcentrada en su dolor, mirando fijamente á la puerta por donde esperaba el retorno de la mensajera que había de llevarle un acento de cariño de su hija.

Pero ántes que la mensajera, llegó á sus oidos el tañido destemplado de las campanas de la Iglesia, que vibró en el silencio con fúnebres acentos. Al éco de aquel sonido, la madre despertó como de un sueño, se puso de pié, abalanzándose á la reja del locutorio, y sacudiéndola nerviosamente con sus manos crispadas por el dolor, gritó:—

—*Hija mia! hija del alma!*

....

....

Al dia siguiente, la capilla del convento era pequeña para contener la concurrencia que invadía su estrecha nave, renovándose á cada momento. Poco de religioso tenía aquel acto. Las señoras cuchicheaban entre sí haciendo comentarios sobre el suceso que allí las reunía, y con ese motivo renacía la historia de los amores de Cristina Peña con Alberto Conde, enriquecida con mil incidentes nuevos que la hacían más dramática y conmovedora.

Tras de la reja del coro, en aquel mismo sitio que dos años ántes había aparecido Cristina Peña vestida de novia para hacerse desposada de Cristo, se veía

ahora á Sor María de las Mercedes, descarnada y rígida, acostada dentro de un féretro, iluminada por el triste resplandor de seis cirios que la rodeaban.

Estaba tendida sobre un lecho de flores, no más blancas que su rostro nevado por el frio de la muerte; los lábios secos y pálidos, los ojos vidriosos y fijos, las manos de cera cruzadas sobre el pecho inmóvil y hundido, como si las sombras del claustro hubiesen secado las hondas de vida que encrespa el turbion de las pasiones, y mueren en la lúgubre calma del desencanto.

Pobre niña! Murió de amor, como las heroinas de los romances. La pobre niña estaba muerta hacía tres años, desde el dia en que supo que su prometido ya no existía. Aquel dia acabaron para ella todas las ilusiones, todos los halagos, todas las afecciones. El muerto mató todos los sentimientos de la mujer, de la hija, de la hermana, y ni el ruego de los padres, ni las caricias de todos los séres queridos que la rodeaban, fueron bastantes á despertar un solo éco de simpatía á las súplicas que le hacían. En aquel organismo solo quedó vivo el egoismo de la pasion, y fué ese egoismo el que llevó á Cristina al claustro, tumba de vivos en la que yacen los séres unos juntos á otros, tan indiferentes como yacen los muertos reunidos en un mismo panteon.

Allí no hay madres que supliquen, ni hermanas que lloren, ni amigas que consuelen. Allí solo hay fanáticas por egoismo ó fanáticas por ignorancia. La poltronería de unas, él desencanto de otras, y la falta de

inteligencia en algunas, determina la existencia de esas agrupaciones estériles, organismos neutros en la lucha por la vida, instituciones antihumanas que secuestran á la especie séres que le serían útiles; al propio tiempo fomentan la ruptura de los vínculos que ligan á la familia, base única de la sociedad.

Allí se enterró Cristina, y para concluir con el último reato que la emparentaba con el resto de los vivos, deja á la puerta del claustro el nombre con que recibió las primeras caricias de la madre, que le recordaba el acento de los consejos paternales, que le traía á la memoria la alegre algarabía de sus hermanitas, y se llamó Sor María de las Mercedes—¿qué le importaba el nombre á la que dejaba de ser hija, hermana y amiga?

Pobre Cristina! Pronto se arrepintió de su resolucion al encontrarse rodeada de séres indiferentes, para quienes su pasion era un pecado, y su dolor un estorbo que iba á enturbiar la plácida tranquilidad en que vegetaban aquellas monjas agenas á toda contrariedad, felices en la cómoda holgazanería en que viven, quietas, muy limpias, muy mimosas, alimentándose con rebuscadas golosinas y viviendo en un ambiente perfumado con zahumerios delicados.

Sor María de las Mercedes había sido una mujer inteligente. Se le recuerda todavía, alegre y risueña en los teatros y paseos, con sus grandes ojos negros, de esos que parecen tener tras del cristalino un foco de luz que hace irradiar destellos brillantes que se ven, como se ven los rayos del sol á través de los res-

quicios de una puerta. No la realzaba una estatura gentil, pero era admirablemente proporcionada, de carnes redondas y mullidas, el talle esbelto, y el seno dibujaba una graciosa curva que moría en el arranque de garganta blanca y torneada.

Por aquellos ojos entró el filtro misterioso de la pasion que la llevó á la tumba. Era la prometida de un jóven apuesto, de barba y cabellos negros como sus ojos, el rostro moreno y opaco, impresas en él ya las huellas de esa terrible dolencia que hace desprender la vida del cuerpo en la misma estacion en que el viento desprende las hojas de los los árboles. Fué á los trópicos en busca del calor que necesitaba para vivir, y ese mismo calor agostó la poca sávia que alimentaba su débil organismo.

Pobre Cristina! Ni una lágrima en torno de su lecho de agonía, ni un beso que diera calor á sus lábios frios por donde la vida se escapaba, ni una mano que estrechase la suya en esos instantes supremos en que el moribundo se aferra con crispaciones nerviosas á todo lo que tiene vida, como buscando amparo contra el fantasma de la muerte que pugna por llevar á su presa. Allí murió en silencio, sin que el llanto de la madre y de las hermanas turbase el misterio de la celda. La moribunda no vió á su lado mas que á la monja que hacía la guardia, indiferente en su egoismo, contrariada por la alteracion de sus hábitos cuotidianos, obligada á velar cuando podía estar, como las otra, rebujada dentro de sus mullidas frazadas.

Y á la cabecera, el fraile que rezongaba sus ora-

ciones, y prodigaba los consuelos recitados de coro, con la inconsciencia con que un muchacho repite una leccion, ageno á todo sentimiento, ayudando á bien morir con la misma indiferencia con que el enterrador cava la sepultura sin importársele del muerto.

La moribunda había dejado de respirar. El fraile cerró su breviario, como instrumento inútil ya; una monja entrelazó las manos de la muerta sobre el pecho, sujetando entre los dedos un crucifijo, y á la madrugada entraron en la celda todas las habitantes del claustro, con paso tácito, curioseando con ávidas miradas el lecho en que yacía Sor María de las Mercedes—Unas le arreglaban los vestidos, otras le acomodaban la toca, y las demás muy afanadas preparando la decoracion mortuoria del templo en que habían de velar el cadáver.

Sor María de la Mercedes no había cuidado altares, ni idolatrado santos ¿Qué le importaba á ella de todos aquellos semi-dioses en cuya contemplacion se extasiaban sus compañeras? Su Dios era su novio muerto; su altar era el recuerdo constante con que rodeaba la imágen grabada en su memoria. Ella se hizo monja solo para vivir donde nadie interrumpiese sus amorosas cavilaciones. El Cristo con quien ella se desposó fué el recuerdo de su prometido. Miéntras las otras recitaban tras de las tupidas rejas del coro sus oraciones místicas, ella se entregaba al pensamiento del hombre en que había cifrado sus esperanzas de felicidad, tronchadas por la mano implacable de la muerte.

Así vivió desde que perdió á su novio, y así murió fija en aquella idea, ahogados en ella todos los sentimientos, para no alimentar más que el de su pasion. Ni padre, ni madre, ni hermanos, ni amigas, ni encantos, ni aspiraciones. Solo en el claustro podia encontrar un refugio para seguir viviendo reconcentrada en su egoismo, y allí se encerró para vivir con otros séres como ella, desligados de todo vínculo, de toda afeccion, de todo encanto, que no la inportunasen con súplicas, ni la distrajesen con cariños.

Nacida para el amor, para los goces de la vida, Cristina Peña no podia vivir en aquel ambiente de indiferencia y egoismo. No pudiendo romper los lazos que la ataban al claustro, rompió los que la vinculaban á la vida, y murió sola sin arrancar en su torno una lágrima, ella, que hubiera podido vivir al calor de los cariños que le ofrecian los séres á quienes estaban ligada por la sangre y por el afecto.

....

....

....

....

Ya están marchitas las flores que echaron sobre su fosa recien cavada, y esas flores no serán renovadas, porque á la tumba de la monja no pueden llegar ni la madre ni las hermanas.

No quedará en ella más que su recuerdo en el corazon de las que la amaron, y su sitial vacío en torno de la mesa del refectorio, miéntras las otras monjas seguirán vegetando en su egoísmo, hasta que les lle-

güe el momento de exhibirse á los ojos de los profanos, tiesas y rígidas sobre una mesa tapizada de flores blancas, como su rostro nevado por el frio de la muerte!

